


EL MUSEO LITERARIO,

GALERIA DRAMATICA Y MUSICAL

DE

D. PRUDENCIO DE REGOYOS.

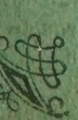
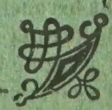
CÁRLOS I DE ESPAÑA,

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN VERSO.



Punto de venta en Madrid, libreria de D. J. Cuesta.

MADRID:
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, FACTOR, 9.
1859.

CATALOGO

DE LAS OBRAS DRAMATICAS Y LIRICAS DE LA GALERIA

EL MUSEO LITERARIO.

En un acto.

Al llegar á Madrid.
¡Alumbra á tu víctima!
Antes que te cases.
A tientas.

Cada cual ama á su modo.
Cabrion y Pipelet, ó las desgracias de un portero.

Disfraces, sustos y enredos...
Dos pelucas y dos pares de anteojos.
De cocinero á ministro.
Dieguiyo pata de anafe.
¡Dos maridos! ¡qué ventura!
Delirium tremens.

El chal de Cachemira.
El rigor de las desdichas, ó Don Hermógenes.
El héroe de Bailen.
El suplicio de Tántalo.
El 24 de Febrero.
El cadete.
El amor por la ventana.
El destino.
El padre del hijo de mi mujer.
El perro ó yo.
En Aranjuez y en Madrid.
El dómine y el montero.
El mejor amigo, un duro.
El amigo del Ministro.
El charlatanismo.
En el dote está el busilis.
Es un loco.
El arte de hacerse amar.
En paños menores.
El novio al óleo.
El tio Martin ó la honradez.
El exterminio de un inocente.
Gato por liebre.
Gramática parda.

Isabel I.

La herencia de un poeta.
La última noche de Camoens.
La voz de las Provincias.
La carta perdida.
Los quid pro quos.
Lluvias de estío.
Las aventuras de un gaban.

Me he comido á mi amigo.
Modelo de esposas.
Moreno y ojos azules.

¡¡¡No es la Reina!!!

Paulina.
Piensa mal y errarás.
Por un reló y un sombrero.
¡Presente, mi General!

Simpatía y antipatía.

Tres pies al gato.

Un viernes.
Una tempestad dentro de un vaso de agua.
Una comedia en un acto.
Una idea feliz.
Un anuncio en el Diario.
Viaje sentimental.

En dos actos.

Castor y Polux.

Dimas el titiritero

El pilluelo de Paris (*Segunda parte*).
El orgullo castigado.

La última conquista.
La codicia rompe el saco.
Los hijos de su madre.

Una conversion en diez minutos.

En tres ó mas actos.

Achaques de la vejez.
Amante, rival y paje.
A público agravio, pública venganza.
Adriana Lecouvreux.
Amarguras de la vida.
Antes y despues.
Avaricia y despilfarro.

Cocinero y capitan.
Cárlos VII entre sus vasallos
Celos, despecho y
Conde, ministro y
Corona y tumba,
Sigerico.
Cárlos I de Españ
Duda en el alma,
de Córdoba.
Dalila.
Don Lope de Veg
Don Alonso el Sa
Entre bobos anda
El gran duque.
El pacto de sangr
El velo de encaje
El ángel de la ca
El primo y el rel
El árbol torcido.
El conde de Selm
El collar de perla
El arenal de Sevi
El caballero de B
El cardenal es el
El castellano de
El castillo del di
El conde de Mon
mera parte.)
El conde de Mo
gunda parte.)
El conde de Her
El correo de Lio
la silla de post
El escudo de Bar
El hijo del diab
El juego de ajedr
El sacrificio de u
El sereno de Gl
El subterráneo d
El génio contra
chiller de Sala
El mejor alcald
El libro negro.
El judío errante
En el crimen v
condesa de Po
En 1330.
El difunto Leon
El molino de la
El corazon de u
Eugenia.
Eulalia.
En la cara está
El tio Martin, ó

CÁRLOS I DE ESPAÑA.

CÁRLOS I DE ESPAÑA,

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

DON LUIS NEBOT DE PADILLA.

Representado por primera vez en el teatro del Circo, el dia 26 de Octubre de 1859.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, FACTOR, 9.
1859.

A SS. AA. RR.

LOS SERMOS. SRES. INFANTES DE ESPAÑA,

Duques de Montpensier.

En testimonio de adhesion profunda y de eterna gratitud

Luis Nebot de Padilla.

Secretaría de SS. AA. RR. los Serenísimos Sres. Infantes Duques de Montpensier.—Sr. D. Luis Nebot de Padilla.—Sanlúcar 2 de Setiembre de 1858.—Muy señor mio y de todo mi aprecio: En contestacion á la comunicacion que se ha servido V. dirigir, solicitando la competente autorizacion para dedicar á SS. AA. RR., cuando lo dé á la prensa, el drama original que ha compuesto, titulado Cárlos 1.º de España, tengo el honor de participar á V. que SS. AA. RR. le conceden muy gustosos esa autorizacion, y celebrarán mucho que se cumplan los laudables deseos que le animan á publicar esa obra literaria.

Aprovecho esta ocasion para ofrecerme de V. muy atento seguro servidor Q. B. S. M.

Antonio de Latour.

PERSONAJES.	ACTORES.
EL REY CÁRLOS I.° DE ESPAÑA	D. José Valero.
EL INFANTE DON FERNANDO, su hermano	Sr. Beas.
EL CONDE DE UREÑA	Sr. Vico.
D. PEDRO GIRON, su primogénito	Sr. Ortiz.
DANIEL	Sr. Pizarroso.
BENEDICTA, su hija	Sra. Álvarez.
D. LUIS DE ÁVILA, paje del Rey	Sr. Morales.
EL CONDE DE YHUNG, gentil-hombre	Sr. Casañé.
D. ALONSO TELLEZ, alcaide de Valladolid	Sr. Capo.
EL DUQUE DEL INFANTADO	Sr. Chas de Lamotte.
EL CONDE DE NOROÑA	Sr. Moreno.
EL MARQUÉS DE ASTORGA	Sr. Hernandez.
EL ALMIRANTE	Sr. Lavalle.
UN CAPITAN	Sr. Mate.
Varios mosqueteros.	

La accion pasa en Valladolid: empieza á las cuatro de la tarde del dia 17 de Noviembre de 1517, y termina á las diez de la mañana del siguiente.

Reinado de Cárlos I.°: fin de la regencia de España por el cardenal Gimenez de Cisneros.

ACTO PRIMERO.

Antecámara del palacio de los Condes de Ureña; y al fondo el retrato de cuerpo entero del fundador de la casa. Puertas á derecha é izquierda, y balcon á la calle.

ESCENA PRIMERA.

Junto á la primera puerta un grupo de mosqueteros de la guardia del Cardenal gobernador. En el proscenio el CAPITAN, en ademan de esperar á D. ALFONSO, que aparece por el lado opuesto, como saliendo de las habitaciones interiores del Conde.

ALF. Corazon, fíngete mármol.
CAP. Fíngelo mal su congoja.
ALF. Vió tan grande la del Conde,
que la piedad me lo ahoga.
CAP. Cuando el deber nos lo exige,
la piedad es muda y sorda.
ALF. Mas hay deberes que truecan
el corazon en esponja,
para que el Rey ó la patria
nos lo espriman gota á gota.
CAP. ¿Cómo? ¡ah!
ALF. Pero... he cumplido
con lo que á entrambos nos toca,
pues dejo al Conde anunciada
de su castigo la hora.
CAP. ¡De su castigo!

ALF. Tal creo;
pues el perdon que le otorgan
es porque él mismo en la cárcel
su primogénito ponga.
CAP. ¿Y os recibió?
ALF. Como hidalgo.
CAP. ¿Y oyó su sentencia?
ALF. Oyóla.
CAP. ¿Con sumision?
ALF. Con respeto,
que es más en hombres de nota.
CAP. ¡Siempre arrogantes los nobles!
ALF. ¡Siempre la plebe envidiosa!
(El Capitan se vuelve para indicar á los mosqueteros que se retiren.)
ALF. ¡Pero aqui los mosqueteros!
¡en esta casa!
CAP. De forma,
que si en esta casa el Conde
viles parciales aloja,
con sus venganzas de hiena,
con sus astucias de zorra,
bien estarán, noble alcaide,
los arcabuces que tronchan
á las hienas los colmillos,
los dientes á las raposas.
ALF. Ved, Capitan, que á la trampa
donde ha caido una loba,
ni su propio macho acude,
ni aun sus cachorros se asoman.
CAP. Será tal vez que miramos
de un modo opuesto las cosas;
yó juzgando que al de Ureña
gente y ardides le sobran,
siendo en su desgracia mimbre,
que no cede aunque se dobla,
y vos...
ALF. Y yo, Capitan,
teniendo en mucho la gloria
de sufrir con el que sufre,
de llorar con el que llora.
CAP. Paréceme que es el Conde (Observando hácia el

interior.)
quien sus ímpetus desfoga,
reclamando de su hijo
pasiva obediencia y pronta.

ALF. Venid, porque ya violentos
aquel porton desentornan.

CAP. ¡Qué altivas frentes las suyas!

ALF. (Saliendo con el Capitan.)
Como de raza española,
que ni al dolor palidecen,
ni al infortunio se encorvan.

ESCENA II.

El CONDE y D. PEDRO.

PED. Y no ha de ser, vive el cielo,
mientras cuelgue mi tizona;
que á los gritos de mi afrenta
los de mi sangre se ahogan.

CONDE. ¡Don Pedro!

PED. Señor.

CONDE. Por Cristo,
que si no sellas la boca,
verás á mis pies tu espada,
tras de envilecida, rota.

PED. Ved que os falta de mesura
lo que de fueros os sobra.

CONDE. Es que si un hijo arrogante
mis infortunios prolonga,
recordaré...

PED. ¡Señor Conde!

CONDE. Recordaré, como ahora...

PED. Que la arrogancia del hijo,
mas que de ley, es de honra,
si la humillacion del padre
su noble frente sonroja:
si en el autor de sus dias
vé el autor de su...

CONDE. ¿Deshonra?
¡Ira de Dios! miserable,
que mi cólera provocas,

sin advertir que sus ímpetus
te arrastrarán...

PED. ¡A la horca!
Porque si el rey os indulta,
y el Cardenal os perdona,
y os dan nuestras baronias,
como infamante limosna
que al importuno mendígo
cuando se abate le arrojan,
fué, señor, porque de hinojos
á los pies de su poltrona,
jurasteis al Cardenal
arrastrarme á sus mazmorras,
donde, como reo de estado,
por vos y por mí responda.

CONDE. ¿Y por qué, si tanto sabes
no dices que...

PED. Basta y sobra.

CONDE. Que al ver ya nuestras cabezas,
para escarmiento, en la horca,
debí prudente y astuto...

PED. (Ap.) ¡Nunca leon, siempre zorra!

CONDE. Acogerme al Cardenal
contra sus venganzas propias,
hasta que á mi vez...

PED. Si os place,
nos dirá el resto esa nota;
(Entregándole un papel.)
y si advertis que sus líneas
manchas de sangre emborronan,
es que no pudo mi espada
recavar de la persona
que á Flandes la conducia,
de mi afrenta portadora,
que me entregase el papel
sin ensangrentar sus hojas.

CONDE. ¡Ah, por Dios, otra violencia!

PED. Si.

CONDE. ¡D. Pedro!

PED. Justo, otra:
pero... leed, señor Conde.

CONDE. (Ap.) Me dá pavor mi zozobra.

(Lee el papel con marcada turbacion.)
Al rey.
«Señor: las turbulencias suscitadas en Casti-»lla por el Conde de Ureña y su primogénito, »han terminado; y el pueblo en donde aque-»llos levantaron el estandarte de su rebelion, »é hirieron á los ministros de justicia, ha sido »entregado á las llamas y sembrado de sal, con-»forme á lo dispuesto en las leyes del Estado; »segun las cuales declaré reos de lesa majes-»tad á los de Ureña.

»Ello asi; y habiendo venido el Conde á »pedir...» (Trémulo y confundido alarga el pliego á su hijo.)

PED. Pues que su lectura sea (Tomándolo.)
chispa del rayo en la pólvora:
y aniquile el ofendido
lo que el hidalgo perdona.
(Lee.) «Y habiendo venido el Conde á pedir »perdon... de... rodillas, jurando que entre-»gará en las cárceles del consejo á su hijo, »para satisfaccion de la vindicta pública; en-»tiendo que será muy propio de vuestra alte-»za perdonar á entrambos, pues conviene »que el castigo de los Grandes sea diferente »que el de los plebeyos, porque sus humilla-»ciones equivalen al suplicio.»

»Señor.

«La Santa Trinidad tenga á vuestra alteza en »su santa guarda.—El cardenal Cisneros, »gobernador de España.»

CONDE. ¡Solo asi salvé tu vida!
PED. Salvásteisla á mucha costa.
CONDE. ¿Muertos?
PED. Muertos.
CONDE. Y ¿rebeldes?
PED. Rebeldes, pero con honra.
CONDE. Es un baldon ese nombre.
PED. Ese nombre es una fórmula:
seré leal si triunfo,
rebelde si me derrotan.
CONDE. ¿Me acusas pues?

PED. No os defiendo.
CONDE. Mis desdichas...
PED. No me agobian.
CONDE. Áspid que en mi seno abrigo.
PED. Lo pisais y os emponzoña.
CONDE. Yo abatiré tu arrogancia.
PED. Dejad al Rey esa obra.
CONDE. Me seguirás.
PED. Cuando arranquen
esta cruz y esta tizona.
(Señalando su cruz de Santiago.)
CONDE. Para exigirlo conservo...
PED. Para negarlo me abonan...
CONDE. Sobre tí derechos tales,
que ni el Rey ni Dios me estorban.
PED. Contra vos tan nobles fueros,
que Dios ni el Rey los derogan:
fueros...
CONDE. ¡Ah!
PED. Que ese buen Conde,
(Fijándose en el retrato del fundador de la casa.)
tronco de mi estirpe goda,
cuyas airadas pupilas
desde ese lienzo os devoran,
legó contra el padre al hijo
cuando nos legó su gloria,
si el padre olvida, ó no prueba,
que á los que con él entroncan,
vivos, ni el Rey los infama,
muertos, hasta el Rey los honra.

ESCENA III.

DICHOS y BENEDICTA. Los primeros versos desde adentro.

BEN. Abrid.
UNA VOZ. No abriré.
BEN. (Dando golpes en la puerta.)
¡Pecheros!
OTRA. Perdonad, noble señora.
BEN. Quiero entrar, ¿ois?
OTRA VOZ. No hay paso.

BEN. Por mi patron que eso es broma:
yo lo buscaré.
(Violentando la puerta y entrando rebozada en su manto.)
OTRA. Teneos.
BEN. ¡Ay del malsin que se oponga!
Guarde Dios á los de Ureña.
CONDE. Mal se anuncia quien se emboza,
y en el hogar de un hidalgo
como espadachin asoma.
BEN. Querrá que el hidalgo juzgue
por su embozo su zozobra,
y por su entrada arrogante
la urgencia de que le oiga.
PED. Decid, pues.
CONDE. Os escuchamos.
BEN. ¡Que me place! al caso ahora.
Teneis que vengar injurias:
lo sé.
CONDE. ¡Vive Dios!
PED. ¡Muy hondas!
BEN. Bien lo sé. ¿Quereis vengarlas?
permitid que lo suponga,
pues de la venganza el hipo
y la sed devoradora,
del buen hidalgo en la frente,
(Señalando al Conde.)
como yó en su hogar, asoman.
CONDE. Descortés la dama viene.
BEN. Cuerdo al galan ser le toca,
y advertir que mis dos manos
les tiendo á los que se ahogan.
PED. ¿Venis, pues, en nuestra ayuda?
BEN. Tal vez.
CONDE. Mas antes importa,
que sepamos si es leal
la ayuda que nos otorgan.
¿Quién sois?
BEN. Lo dirán mis planes.
PED ¿Quién os fia?
BEN. Mi persona.
CONDE. Y á ella ¿quién?

BEN. Vos, por ejem plo;
(Á D. Pedro.)
y... vos tambien; no es gran cosa.
Ved, señor Conde. (Lo enseña un pliego.)

CONDE. (Leyendo el sobre.) «Fernando, Infante de Cas-
»tilla, á sus primos los Condes de Ureña.»
(Benedicta retira el pliego.)
¡Dios mio!!!

BEN. (Á D. Pedro, desembozándose.)
Mirad vos.

PED. ¡Ah!!!

BEN. Con que ahora,
pues tengo en lugar de uno
dos fiadores que me abonan,
diré lo que nos concierne
sin preámbulos ni glosas.
El Rey don Cárlos de Austria
saluda ya nuestras costas,
mientras aqui le suponen
surto en Gante con su flota.

CONDE. ¡Cómo! (Marcada turbacion.)

PED. ¿Eh?

BEN. Que ya de Asturias
salió su alteza católica,
y á Valladolid muy pronto
deslumbrará con sus pompas.

CONDE. Esta mujer ¡bah! delira.

PED. Juzgo que no se equivoca.

CONDE. Pues, por Dios, que me confunde
ver que un hecho de tal monta
lo sabe... un *conspirador*, (En son de ironia.)
y el gran Cardenal lo ignora.

BEN. Y si añadis que el gran hombre
tuvo dispuestas y prontas
para el mar sus atalayas,
para la tierra sus postas;
y que á pesar de esos medios
que previsor desarrolla,
no ha de saber lo que os dije
mientras no apunte la aurora,
mas deberá confundiros
de que, por arte diabólica,

sepa el *buen conspirador*
lo que el Cardenal ignora.
Pero si cauto haceis cuenta
que al conspirador le sobran,
por cada vil mercenario
de los que el gobierno explota,
tantos hombres como son
los que el interés provoca,
los que el entusiasmo arrastra,
los que la venganza agolpa,
y que á un fin consagran todos
pies, inteligencia y bocas;
dejará de confundiros
ver que un hecho de tal monta,
lo sabe... el *conspirador*,
y aquel gran hombre lo ignora.

PED. Por Barrabás que os escucho,
y una inspiracion me arroba.
Dadme la mano...

BEN. Con tiento,
que hay espinas en la rosa.

CONDE. Y tal pudiera decirnos,
que se volviesen las tornas,
y en vez de cruzar las manos...

BEN. (Festiva y burlescamente.)
Se cruzáran las tizonas.

PED. Con que proseguid.

BEN. Pues digo
que el nuevo rey que nos forjan,
á Valladolid mañana,
mediante Dios y mis obras,
llegará, al cerrar la noche,
de incógnito y sin escolta.

PED. ¡Solo!

CONDE. ¡El Rey!!!

BEN. Con un flamenco
y un español.

PED. ¡Ah! de forma...

CONDE. ¿Que son tres los que esperamos?

BEN. Con el Rey, cuenta redonda.

PED. ¿Y asi, como aventurero,
su dominacion incoa,

quien ya siente, y aún no reina,
bambolear la corona?

CONDE. Tal vez con esa conducta
grandes fines se proponga;
queriendo inquirir el hombre
lo que el rey saber no logra:
pues dicen que en esa frente
la de su abuelo retoña,
mas enérgica en los brios,
y en política mas honda.

BEN. Dice la verdad.

PED. Entonces
que el velo se nos descorra,
y á qué se atienen, sepamos,
los que oyen vuestra historia.

BEN. Lo diré: vendrá su alteza
de incógnito y sin escolta:
lo alojaré yo en mi casa,
junto al palacio en que mora
su hermano el jóven Infante,
símbolo de antiguas glorias...

PED. Y éste ¿lo espera?

BEN. (Escudriñando en una mirada su pensamiento.)
Lo espera,
como al caiman la leona,
contra lo que el Rey medita
con su táctica insidiosa.

PED. ¿Pero nadie mas?

BEN. Oh, nadie,
sino vosotros ahora,
porque el Infante ha querido
que lo sepais de mi boca.

PED. Asi, pues, su alteza misma...

CONDE. ¡Guárdele Dios! (Descubriéndose)

BEN. Él os oiga.

PED. Para enterarnos de todo
será quien os comisiona?

BEN. Sin duda.

CONDE. Y en qué nos pide,
por pago de tal lisonja,
que le demuestre mi casa
su fidelidad notoria?

PED. Si, decid, pues aunque juzgan
que su grandeza desploman,
tiene aún para el Infante,
si en un conflicto la invoca,
á una voz, grupos de lanzas,
á otra voz, montes de doblas.
BEN. Miradlo bien, caballeros.
CONDE. Lo dicho, dicho.
BEN. Me sobra.
CONDE. Y no extrañeis que mi afecto
solo en el Infante ponga,
pues entre los dos hermanos
median líneas divisorias:
porque el Rey, criado en Flandes,
lo que no es Flandes le enoja,
y ha de ser en nuestro clima
como las plantas exóticas,
para nosotros el tronco,
para Flandes fruto y hojas.
El Príncipe, por la inversa,
desde su primer aurora
siempre con sus españoles
bulle, concierta y se roza;
y al ver en nuestros escudos
tanta lis, tantas marlotas,
y al oir nuestros combates
de Oran y de Ceriñola,
donde para hundir la Francia
bastó Gonzalo de Córdoba,
frenético se enajena,
y en su admiracion pasmosa
lo que aprendimos aprende,
lo que adoramos adora.
PED. Añadid tambien que en Flandes,
por deducciones muy lógicas,
al Rey le llaman *azote*
de la vieja España goda,
y al Infante aqui *delicias*
de la nacion española.
BEN. Por eso...
PED. ¿Qué?
BEN. Si, por eso...

fijaos bien.
CONDE. ¡Grave es la historia!
BEN. Tráele al Rey una sospecha
que sin cesar lo emponzoña;
¡su hermano! ¡siempre su hermano
lanzándose á su corona,
sobre los hombros del pueblo,
que ya lo aclama y lo adora!
Tráenle tambien de los Grandes
las turbulencias ruidosas,
que el trono casi convierten
en incendiadas estopas,
segun el fuego que atizan
sus intestinas discordias:
y tráenle, en fin, de esta suerte
tan de su grandeza impropia,
los síntomas alarmantes
de la política odiosa,
que el Cardenal...
CONDE. (Con el despecho de la ira.) ¡Dios le juzgue!
BEN. Puso inflexible por obra.
PED. Ved ahí por qué mañana,
de incógnito y á deshora...
BEN. Despues que ronde las calles,
y de todos sepa y oiga,
¡güay de los nobles que caigan!
¡ay de los Grandes que coja!
(Designando á los dos maliciosamente.)
Dicho lo que al Rey concierne,
venid al Príncipe ahora,
de quien aquel santo monje
de aparicion milagrosa,
profetizó que en España
le guardan cetro y corona.
CONDE. Lo sé.
BEN. Pues bien, há dos meses,
que por causas muy recónditas
el Cardenal al Infante,
dándole el Rey traza y forma,
cual sublevador espia,
cual prisionero custodia.
Comprendereis, caballeros,

que cuando asi lo provocan,
justo será que al Infante
los que lo afrentan respondan,
si al estallar nuestras iras
la de Dios nos los arroja.
Y ved cómo ya en nosotros
su providencia coloca,
trayéndonos por su mano,
de noche, ciego y á solas,
ese leon que se acerca
sin presentir su derrota,
ese leon que nos busca
como á sorprendidas corzas,
cuando ganándole el turno
le aguardan serpientes boas.

CONDE. Pero...

PED. Seguid...

BEN. ¿No habeis dicho
que si el Infante os invoca,
le dareis grupos de lanzas,
le alzareis montes de doblas?

CONDE. ¿Y qué?

BEN. Que vengo á cobraros
esa gran deuda de honra.

PED. Como quien soy pagaremos.

BEN. Como quien és os lo exhorta.

CONDE. Mucho la ocasion lo anima.

BEN. Pues más lo empeña su gloria.

PED. ¿Qué reclama?

BEN. Sus derechos.

CONDE. ¿Qué nos pide?

(Benedicta desdobla el pliego y lo dá á leer al Conde, quien despues de haberlo hecho exclama.)

¡Dos coronas!

(Profunda sensacion.)

BEN. ¿Teneis que vengar injurias?
él por su cuenta las toma.
¿Os envilece un proceso?
él pulveriza sus fojas.
¿Los blasones os deslumbran?
él con su casa os entronca.

PED. Y en cambio...

BEN. No pide; ruega.
CONDE. ¿Qué?
PED. Decid.
BEN. Que le socorran
los que al ver lo que estais viendo,
rayos por los ojos brotan.
PED. Señale, pues, los traidores
que por víctimas escoja.

ESCENA IV.

DICHOS y el INFANTE D. FERNANDO, desde el quicio de la puerta de la derecha.

INF. Al Rey.
CONDE. (Atónito.) ¡Al Rey!!!
PAJE. (Anunciando al Infante, que se adelanta al proscenio.)
¡El Infante!
(Todos se descubren.)
INF. (Al Conde.)
¡Mucho el Rey os atolondra!
CONDE. Es que aprendí desde niño
que el Rey es de Dios la sombra.
INF. (Alargándole benévolamente la mano.)
Cuando como Dios es justo,
y segun él piensa y obra.
(Ap. á Benedicta.)
Para mi ansiedad tardabas.
BEN. La mision era espinosa.
INF. ¿Y se deciden?
BEN. Fluctúan.
INF. Pues lo harán á cualquier costa.
(Al Conde y á su hijo.)
¿Con que, por deudos y amigos,
tengo al fin la vanagloria
de contar con los de Ureña
para empresas tan heróicas?
CONDE. ¡Ah!
PED. ¡Señor!
INF. Y como al cabo
mi pretension no sea otra,
sino que mi hermano abdique

dos de sus nueve coronas;
utilizando los medios
que él mismo nos proporciona;
de ahí es...

CONDE. Señor, permitidme
que mi lealtad os responda,
y lo que pedis os niegue,
y á lo que rogais sea sorda:
pedidme viejo mis canas,
infanzon mi ejecutoria,
contra el flamenco mis brazos,
contra el Cardenal mis doblas;
mas no pidais contra el Rey
lo que á los nobles sonroja.

PED. Pues yo contra el Rey me ligo,
ya que por noble me arrollan.

CONDE. (Con la efusion de la lealtad castellana.)
¡Contra el Rey mi sangre!

PED. Sangre,
que pide á gritos su honra,
si ha de correr por mis venas,
que se vengue, ó que no corra.

CONDE. ¡Deslealtad!

BEN. Razon.

PED. Venganza.

INF. Falle el cielo.

PED. Y mi tizona.

INF. Mucho, buen Giron, me obligas.

(El Infante toma á D. Pedro del brazo y sale con él por la puerta de la izquierda.)

ESCENA V.

DICHOS, menos aquellos dos.

BEN. Que delirais se me antoja.
¿Con un dogal os arrastran
y no quereis que lo rompan?

CONDE. Pues á Cisneros le juro
que haré pedazos la argolla;
pero sin que diga nadie,
cuando de mi casa oigan

que por su mano se hizo
cabal justicia á sí propia,
que *ofendida* la vendieron,
y la compraron *traidora.*

BEN. ¿Y el Rey?

CONDE. Al Rey, Dios le ensalce.
Otros hay que me respondan.

BEN. ¿El Cardenal? Manda fuerzas.

CONDE. Yo y el tiempo contra todas.

BEN. ¿Y os vengareis?

CONDE. Soy Ureña. (Con intencion.)

BEN. ¿Qué hará?

CONDE. Cuanto se proponga.

BEN. Ya el leon no tiene garras.

CONDE. Mas tiene astucias la zorra.

BEN. ¿Y no yendo á un fin reunidos
os prometeis la victoria?
La fuerza en la union consiste:
quien me aisla, me derrota.
¿Veis á Nebli, mi caballo,
qué arrogante y con qué pompa
tiende al viento cuando marcha
las crines de su ancha cola?
Pues dádmelas una á una
y se las arranco todas;
mas ofrecedlas unidas
á los hércules de Europa,
y vereis cómo, sin fruto,
vigor y ardides agotan:
que en la union está la fuerza:
solo Dios se basta y sobra.

ESCENA VI.

DICHOS, y el INFANTE con D. PEDRO.

INF. ¿Con que decis que del Conde (Á D. Pedro.)
la sumision no es dudosa,
si para obtenerla invoco
de mi abuelo la memoria?

PED. Señor, le debió la vida
junto al puente de Zamora,

y será bien pague al nieto
lo que por su abuelo cobra.

INF. (Dirigiéndose al Conde.)
Si me haceis merced, buen Conde,
departiremos á solas.

CONDE. Vuestra, señor, es mi casa;
fijad sitio.

INF. (Saliendo con el Conde.)
En esa alcoba:
seguidnos pronto. (Á D. Pedro y Benedicta.)

ESCENA VII.

DICHOS, menos los que han salido.

PED. ¡La misma,
la Serrana de Tolosa!

BEN. Para serviros, don Pedro.

PED. ¿Mas por acá vos ahora?

BEN. ¿Pues habia de estarme en Flandes
como el hostion en la roca?
Fuíme allá para una empresa
y vuelvo aqui para otra.

PED. Pardiez, que sois, Benedicta,
como varonil, hermosa.

BEN. Mejor dijerais que soy
varonil como española.

PED. Pero viajais por los vientos,
segun os llevan y os tornan.

BEN. Tiene el entusiasmo alas.

PED Si el amor no se las corta.

BEN. Contra el amor tambien tengo
la gratitud que las dobla.

PED. Mujer que al amor prefiere
la gratitud...

BEN. ¿Os asombra?
(Lo que sigue con marcada expresion.)
Era una noche de invierno
fantásticamente lóbrega.
Yo en mi hogar junto á la lumbre
secaba al fuego la ropa,
viendo en el monton la leña

chisporrotear humosa,
cuando de pronto en la calle
siento espadas que se chocan,
y caer á tierra un cuerpo
y otro rodar por las losas;
y al saltar de mi sillon,
despavorida y atónita,
la puerta empujan, y un hombre
lánzase á mí con faz torva.
¡Justo Dios! era mi padre,
tinto en sangre hasta la gola,
y murmurando convulso:
«*¡Lo maté! ¡Misericordia!...*»
Poco despues levantaron
para el matador la horca,
y yo á los pies del Infante
corrí moribunda y loca,
«¡piedad! ¡piedad!» repitiendo,
con el estertor que ahoga.
Túvola de mi desgracia:
¡benditos los que la honran!
pidió la vida del reo,
y el Cardenal otorgóla,
á condicion de que fuese
verdugo un año en Tolosa,
ó para el rey aprontase,
florin por florin, mil doblas.
Torné mas muerta al Infante,
y me abrió tambien su bolsa.
Desde entonces soy su esclava,
cuando se mueve su sombra,
su inspiracion si proyecta,
sus pies y manos si obra.
Por él en Flandes me vieron
cortesana seductora,
del mismo Rey pesquisando
lo que os reveló mi historia,
pues al intento he venido
como sirena en su flota.
Por él exalto en España
la indignacion que rebosa,
cuando pinto á los flamencos

monstruos de codicia sórdida,
vampiros de nuestra sangre,
bufones de nuestras glorias.
Por él arrastro en pos mia
la noble casa de Astorga,
las del Almirante y Alba,
las de Infantado y Noroña,
que al Cardenal se disputan
como al náufrago las focas.
Y por él, en fin, vos mismo
pendiente estais de mi boca,
rogándome que os elija
para consumar mi obra...
¿Qué decis?

PED. (Con profunda emocion.)
Digo que es cierto,
Benedicta de Tolosa;
que si no sois una santa
de las que los hombres loan,
sereis la bruja mas linda
que haya volado en escobas.
Pedid, mandad, porque tengo
mi espada y mi lengua prontas
para obligar á don Cárlos,
con la una ó con la otra.
Si abdica...

BEN. Bien, porque abdica.

PED. Si no...

BEN. Mal, porque no ahorra
un crímen menos á vos,
y un caso mas á la historia.

PED. Soy, pues, vuestro paladin.

BEN. Por tal haré que os escojan.

PED. Decid el plan.

BEN. ¡Eh! no es tiempo.

PED. ¡Cómo!

BEN. La razon es obvia:
que otros tambien han de oirlo
si esta señal los convoca.
(Ata á los hierros del balcon su pañuelo.)

ESCENA VIII.

DICHOS y DANIEL, que se dirige taciturna y automáticamente al fondo del escenario.

BEN. (Reconociéndolo.)
¡Mi padre!
PED. (Atónito.) ¿El endemoniado?...
BEN. (Imprimiendo con una expresion sublime de ternura un beso en la mano de su padre.)
¡Mi padre!
PED. ¡Sagrada hostia!
¡El endemoniado!
BEN. (Ap.) ¡Imbécil!
(Alto.) La gente supersticiosa
tal á mi padre supone,
desde que al verse en la horca
perdió ¡pobre loco! el juicio,
blasfemando como ahora.
Por eso veis que franquean
al loco las puertas todas,
y el pueblo rinde á su paso,
y á su voz lo insurrecciona.
(Se percibe confuso y lejano rumor de voces. El loco dá muestras de apercibirlo, murmura palabras ininteligibles, se acerca á Benedicta, la abraza y sale, despues de haberse vuelto á asomar al balcon con interés.)
BEN. ¡Velad! (Aparte, al abrazarla su padre.)
DAN. Si, si.
BEN. Ya os lo he dicho:
(Con misterio y expresion.)
pluma blanca, y negra gorra.
(Váse Daniel por la derecha.)

ESCENA IX.

DICHOS.

BEN. Pero venid, que os esperan.
Si obtenemos la victoria,

de ambicion y de venganza
saciareis la sed hidrópica.

PED. Si sucumbimos...

BEN. El pueblo
(Con íntima conviccion.)
saltará si nos derrotan.
¡Valor y fé! Dios nos guia.

PED. ¡Valor y fé! Dios y gloria.
(Vánse por la puerta por donde salieron el Infante y el Conde.)

ESCENA X.

Es de noche. El **DUQUE DEL INFANTADO**, el **MARQUÉS DE ASTORGA**, el **MARQUÉS DE NOROÑA** y el **ALMIRANTE**, conducidos por un paje con luces en un candelabro.

ALM. ¡Qué tropel!
(Señalando hácia la calle.)

AST. De tumbo llevan
los tres hidalgos la ronda.

NOR. ¿Quiénes son?

AST. Tres forasteros,
segun el aire y la ropa.

ALM. Cuentan que al acecho estaban.

DUQUE. Quizá por vagos los toman.
(Queda hablando aparte con Noroña.)

AST. Pues viendo está la justicia,
que los vagos no son momias.

ALM. Como panteras la embisten.

AST. Firmes los tres, como rocas.

NOR. ¿Con que estais, Duque, seguro?

DUQUE. ¡Por san Fermin que sois posma!
¿no hice ver desde la calle,
que es un lienzo lo que flota?
(Todos se acercan al balcon á reconocerlo.)

ALM. Es la señal concertada.

AST. Teneis vista fabulosa.

ALM. Y eso que nos hiela el frio.

NOR. Y que está la noche fosca.

DUQUE. Mas entre tanto no viene
la gentil conspiradora,

cuando acuden á su cita,
y á su proyecto se asocian
los jefes de cuatro casas
de real extirpe goda.

AST. Vendrá.

NOR. Vendrá.

ALM. Quién lo duda.

DUQUE. Mas urge el tiempo.

ALM. Nos sobra,
para hacer del Cardenal,
si el desquite al fin se toma,
lo que él ha hecho en su caso
con la nobleza española.

AST. El jabalí de los bosques
él á sí mismo se apoda,
y á nosotros, gozquezuelos
que revuelca con su trompa.

DUQUE. Pues bien, á luchar salimos,
y yo, mientras él se mofa,
ya veré si mis monteros
en su cubil lo acogotan.

ESCENA XI.

DICHOS y BEEEDICTA sobre el umbral de la puerta de la izquierda.

BEN. (Al paño.)
¿Serán? ¡tan pronto!... veamos.
(Abre de par en par la puerta y se coloca á la derecha del quicio.)

DUQUE. ¡La Serrana de Tolosa!
(Designando á Benedicta.)

BEN. Por Castilla.

ALM. El Almirante.

BEN. Por Asturias.

AST. El de Astorga.

BEN. Pasad.

ALM. La suerte nos guie.
(Váse con el de Astorga por donde salió Benedicta.)

BEN. ¡Dios y la Vírgen os oigan!
Por Leon.

DUQUE. El de Infantado.
BEN. Por Valladolid.
NOR. Noroña.
BEN. Pasad.
DUQUE. La suerte nos guie.
BEN. ¡Dios y la Vírgen os oigan! (Vánse todos.)

ESCENA XII.

DANIEL, el REY, el CONDE DE YHUNG y D. LUIS DE ÁVILA.

YHUNG. (Á Daniel, alargándole un bolso.)
Tomad, y gracias, buen hombre.
DAN. (Rechazándolo con desden.)
Lleve el diablo tu limosna.
CONDE. ¡Arrogancia de españoles!
LUIS. Dignidad, es voz mas propia.
REY. ¡Bien, don Luis, por vida mia!
YHUNG. Este rapaz me sofoca.
REY. (Recatándose de Daniel.)
Pero ¿sabeis que fué un lance
que si lo gana la ronda,
dan en tierra mis proyectos
y en la cárcel mi corona?
¡Vive Dios! (El Rey dá una carcajada.)
DAN. ¡Él es! ¡La pluma!
(Reconociendo la garzota del Rey, y saliendo y entrando con marcada impaciencia.)
LUIS. ¡Oh, fué un lance de tramoya!
REY. Querer prendernos por vagos,
maniobrar con las tizonas,
lanzarse en medio ese hombre,
desaparecer la ronda,
mientras él por mas seguros
á esta casa nos remolca,
todo ha sido en un instante.
YHUNG. Donde vá el Rey, su aureóla...
REY. ¿Cuya es esta casa?
(Á Daniel, que gira maquinalmente por el escenario.)
DAN. Vedlo.
(Señalando negligentemente el retrato.)

YHUNG. (Examinándolo.)
Un retrato con manoplas,
y por blason en sus armas
una serpiente sin cola.
LUIS. ¡El blason de los Girones!
REY. Casualidad misteriosa.
YHUNG. Ah, señor, ¿vos en la casa
de un rebelde que os provoca?
REY. ¿Y qué, Yhung, si no es posible
que el rebelde me conozca?
LUIS. Mirad que es culebra astuta.
REY. Tiene cortada la cola.
(Aludiendo al blason del retrato.)
YHUNG. Pero, señor...
REY. ¡Bah! repito
que el buen Conde poco monta,
desde que humilde y postrado
mi Cardenal nos lo endosa.
YHUNG. Mas no podreis castigarle
si este asilo en cuenta os toma.
REY. Antes que rey, caballero.
Su error quien se humilla, borra.
Cuando mi enemigo tiembla
bajo el tacon de mi bota,
para alargarle la mano
siempre me parece corta.
LUIS. ¡Bien, señor, por vida mia!
YHUNG. Perdonad... (Confuso.)
REY. Esto no obsta
para que guieis al sitio
que indicó la de Tolosa.
YHUNG. (Á Daniel.)
¿Vive próximo el Infante?
(Daniel responde afirmativamente con la cabeza.)
¿Junto á su casa no hay otra,
viejo torreon feudal,
que habita una jóven sola?
(Daniel medita un instante: despues de una breve pausa vuelve á contestar que si con la cabeza.)
LUIS. (Ap. y designando á Daniel.)
Que lo conozco presumo:
(Fijándose mas en su fisonomia.)

su faz, su mirada torva...
REY. Recien venida de Flandes.
DAN. Si.
LUIS. Benedicta.
DAN. La propia.
YHUNG. Guíanos pues.
DAN. Si me conviene.
YHUNG. Di mejor...
DAN. Si me acomoda.
LUIS. (Á Yhung.)
¿Veis cómo no es arrogancia
la dignidad española?
REY. Te lo suplica un amigo.
DAN. (Alargando con afecto una mano al Rey, y señalando misteriosamente su garzota, se dispone á guiarlos.)
¡La pluma blanca en la gorra!
LUIS. Por fin nos anticipamos
justas veinticuatro horas.
YHUNG. Quien dá pronto dá dos veces.
REY. ¡Ay del rey que duerme y ronca!
(Vánse todos por la puerta de la derecha.)

ESCENA XIII.

El INFANTE y el CONEE DE UREÑA por la puerta de la izquierda.

INF. ¿Ni por mí ni por mi hermano?
CONDE. Neutral, ni en favor ni en contra.
INF. Ved, pues, en tan grave asunto
cómo estar os corresponda.
CONDE. Para la lucha sin brazos,
para el secreto sin boca.
INF. ¿Ni os estimula mi arrojo,
ni el porvenir os soborna?
CONDE. Desde ayer acá, señor,
tengo aprendido á mi costa,
que del hombre los proyectos
y el porvenir de las cosas,
con un soplo se levantan,
con otro se desmoronan.

ESCENA XIV.

DICHOS y el ALMIRANTE, el DUQUE DE INFANTADO, el MARQUÉS DE ASTORGA, el DE NOROÑA, BENEDICTA y DON PEDRO, por dicha puerta.

BEN. Mañana al cerrar la noche.
PED. Todos con armas y cotas.
INF. Entrareis por mi palacio
del torreon á las bóvedas.
BEN. Junto á mí se hallará un jóven
con pluma blanca en la gorra:
¡será el Rey!
INF. ¡Sús, caballeros,
para el mas audaz la gloria!
AST. ¡Larga vida al Rey Fernando!
DUQUE. ¡Por la nacion española!
CONDE. ¡Dios ampare nuestra patria!
PED. ¡Sublime nacion heróica!
Sultana del viejo mundo,
que Dios encumbra con pompa,
dándote el sol por emblema,
y los mares por alfombras,
y para solaz tus bosques,
y tus hijos para honra;
tú, que duermes reclinada
sobre los mundos que domas,
formándote los leones
trono y dosel con sus colas;
tú, que despiertas al himno
que tus guerreros entonan
cuando en Méjico te aclaman,
despues de Dios «*¡la señora!*»
porque con tu mano cubres
de un polo á otro las zonas,
y aún te queda medio manto
por si el sol mas tierras dora;
tú, cuyas iras levantan
por valles, montes y costas,
para la tierra soldados,
bajeles para las ondas,

águilas para los vientos,
y un pendon para la gloria;
¿sufrirás que te mancillen
cobardes gentes traidoras,
que sus fortunas amasan
con la sangre que te agotan?
¿Dejarás abrir tus puertas
á extranjeros que te expólian,
para que impunes destruyan
tu sol de sol como sombras,
como piratas tus mares,
tus campos como langostas,
y tus hijos, vive Dios,
como hienas que se emboscan?
¡Nunca, nunca, patria mia!
Caballeros hay de sobra
que en los garfios de sus lanzas
mantengan tus mil coronas,
y con las puntas arrollen
cuanto á tu poder se oponga!
¡Primero Dios, luego España!

INF. ¡Por España!

TODOS. Á la victoria.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Interior de un torreon feudal, cuya dilatada bóveda está sostenida por columnas. Al foro una chimenea. Á la derecha la puerta de entrada: otra á la izquierda, y una secreta á proporcionada distancia de esta última.

ESCENA PRIMERA.

El **REY** dormido, al parecer, en un sillon junto al hogar. **BENEDICTA**, disfrazada con la capilla y gorra de D. Luis, y embozada hasta los ojos, finge que tambien duerme en otro sillon, frontero al del Rey. **D. LUIS**, oculto detrás de una columna. El **CONDE DE YHUNG** y **DANIEL** en el proscenio.

YHUNG. (Examinando el local desde su sitio.)
Camaranchon de una bruja,
mas que albergue de una dama,
por lúgubre se me antoja,
vive Dios, esta morada,
donde parece que gime
del señor feudal el alma.—
Y en el arteson, lechuzas;
y en el pavimento, manchas;
y en el hogar, esa lumbre,
que ni enrojece sus ascuas,
ni mis terrores disipa,
brotando en lenguas su llama...
(Daniel descubre en este momento á D. Luis, y se

fija en él, como luchando con sus recuerdos y queriendo reconocerle.)

DAN. Fíjate, Daniel: recuerda...
sus mismos ojos, su talla...
(Se lleva convulsivamente las manos á la cabeza, como queriendo evitar que se confundan sus ideas; y sofocando una carcajada prosigue:)
Pero al hallar Benedicta
(Señalando á los demas.)
tantos locos en su jaula,
reirá conmigo, y daremos
una, dos, tres carcajadas.
(El Rey levanta la cabeza apercibiéndose.)

YHUNG. ¿Quién habla aqui, mentecato,
de locos, risas y jaulas?

DAN. Reirá... porque Dios lo dijo:
la juventud á las máscaras;
la edad media á los negocios;
la vejez á las camándulas.

YHUNG. Baja la voz, no despierte.
(Designando al Rey.)

DAN. La juventud á las máscaras.
(Esforzando la voz.)

YHUNG. Bájala digo.

DAN. ¡Qué diablos!

YHUNG. Si el que duerme se levanta,
quizá sofoque tus gritos
en la horca la mordaza.

DAN. ¡La horca! ¡eh! cómo... ¡la horca!
Por Luzbel, otra palabra,
y lo destroncan mis brazos
(Hace ademan de abalanzarse al Rey.)
como el oso las carrascas.

YHUNG. Don Luis...
(Grita á media voz, llamando al paje y deteniendo á Daniel.)

DAN. ¡Don Luis!!!

YHUNG. ¡Duerme!
(El Rey se levanta con majestad de su asiento, se interpone entre los dos, y mientras el loco retrocede, dice al Conde:)

REY. Duerme,

porque vela su monarca.
YHUNG. Mas no debió...
REY. Sí debia,
que en mi obligacion descansa:
pues es bien que duerma el pueblo,
y el rey los dos ojos abra.
¿Con que estais aún presente? (A Daniel.)
Dios os guarde: ¿cómo os llaman?
DAN. Pero si vuelvo á la horca,
(Ensimismado, y como respondiendo á su propio pensamiento, que lo tortura.)
rayo de Dios, ¡quién me salva!
Pues no ha venido...
YHUNG. ¿Quién?
DAN. Ella,
la hija de mis entrañas.
REY. El infeliz está loco.
YHUNG. Tal vez lo fingen sus trazas.
DAN. (Como inspirado súbitamente.)
¡Oh, si, ya—soberbio, hurra!
Daniel, Daniel, pecho al agua,
que á tí solo Dios te rinde,
porque el infierno te ampara.
REY. Loco está.
YHUNG. Señor, es cierto:
le haré salir.
REY. No, ten calma;
pues ya que el niño y el loco
siempre la verdad declaran,
puede revelarnos este
las que con mis fines cuadran;
que deben ser de gran monta
las que el loco sabe y guarda,
porque has visto que su influjo
muy alto sin duda raya,
cuando dispersa las rondas
y la justicia avasalla.
¡Sús, valor! para salvarte
(A Daniel cariñosamente.)
somos tres, si tú no bastas,
con tal de que nos reveles
para tomar tu demanda,

quiénes en Valladolid
te persiguen ó maltratan;
si son plebeyos ó nobles,
de esos nobles que amenazan
tiranos á los del pueblo,
desleales al monarca.

DAN. (Colocándose misteriosamente en medio del Rey y de Yhung.)
Cinco—no—dos, ví dos hombres—
uno subió por la tapia—
dentro en el hogar mi hija—
querian ¿oís? ¡deshonrarla!—
Cayó uno—fuése el otro—
¡vale dos mundos mi daga!—
Despues, despues—en mis manos
la sangre bermejeaba.—
(Hace un esfuerzo para coordinar sus ideas.
Luego me arrastró el verdugo
para morir en la plaza.—
¿Benedicta? ¿Benedicta?—
Y yo andando, y ella—¡nada!
¿Sabeis por qué? Porque entonces
con el demonio pactaba,
que me salvase la vida,
dándole yo—¡chist!—mi alma.
Por fin vino—me soltaron...—
Tengo sed—¡agua!—sed—¡agua!

REY. ¿Qué es esto, Yhung?

YHUNG. Dios me asista.

REY. Refiere cosas que pasman.

YHUNG. ¿Y no advertis que á su hija
confunde con la Serrana?

REY. Quizá pudiera... veamos:
(Tomando á Daniel por el brazo.)
¿y el que huyó, cómo se llama?

DAN. No sé—don Luis—no recuerdo.—

REY. ¿Qué don Luis?

YHUNG. Fíjate, habla.

LUIS. ¡Oh!

YHUNG. (Atraido por la exclamacion.)
¿Quién vá?

REY. (Señalando á Benedicta.) Don Luis, que sueña

que lo acusan, y se espanta.

YHUNG. Me pareció Benedicta,
cuya sorpresa esperaba.

REY. Con esta si que has ligado
relaciones tan extrañas,
que bien pudieras decirnos
dónde y con quiénes se halla.

(Benedicta se agita en su sillon.)

DAN. ¿Para traerla en mi ayuda?

REY. Para que á librarte salga.

DAN. Pues bien—está—conspirando.

(Benedicta se poné en pié, y se acerca precavidamente á la puerta secreta.)

REY. ¡Yhung!

YHUNG. ¡Señor!

DAN. En esa casa.

(Benedicta toca el resorte y entreabre dicha puerta.)

REY. Dí cuál.

DAN. La de los Ureñas.

REY. ¡Benedicta!

YHUNG. ¡La Serrana!

(Benedicta, detrás del Rey, designando con la mano fatídicamente á su padre, fingiendo misteriosamente la voz, y con una accion rapidísima.)

BEN. ¡La cruz al endemoniado!!!

REY. ¡Ah!

DAN. ¡Tú! (Reconociendo á su hija.)

BEN. Si.

(Precipitándose con él hácia la puerta.)

YHUNG. ¡Que Dios me valga!

(Momento de sorpresa pavorosa en el Conde y en el Rey. Aprovechándose Benedicta de ella, entrega su disfraz á D. Luis, y dicen.)

LUIS. Pagué.

BEN. Cobré.

LUIS. Y en paz.

BEN. Justo.
Honor con honor se paga.

(Váse por la puerta secreta por donde ha empujado antes á su padre, y la cual cierra tras sí.)

ESCENA II.

DICHOS, menos BENEDICTA y DANIEL.

REY. Por la luz de Dios que tiemblo
sin ver lo que me anonada:
¿la religion? ella nunca
subleva de horror el alma:
¿el fanatismo? ¡cobarde!
(Requiriendo su talabarte, y volviéndose airadamente á D. Luis.)
Yhung, don Luis, pronto mi espada.
LUIS. (Recogiendo confundido la espada del Rey.)
¡Señor!
REY. Deten á esos hombres.
LUIS. (Alargándole la espada.)
¡Señor!
REY. El miedo te embarga.
YHUNG. Ese hombre es el demonio.
REY. Y yo el rey Cárlos de Austria.
YHUNG. Pues por aqui no han salido,
(Reconociendo la puerta de entrada, despasando el cerrojo, y abriéndola al decir el último verso.)
y está la puerta cerrada.

ESCENA III.

DICHOS, y el CAPITAN y D. ALFONSO, que entran al abrir Yhung la puerta.

CAP. Mas no para la justicia,
que las tiene todas francas.
REY. (Refrenando su colérica impaciencia.)
Bien venidos los de afuera.
ALF. Bien hallados los de casa.
CAP. Dáos al Rey.
REY. ¡Al Rey!
YHUNG. ¡Nosotros!
LUIS. ¿Quién sois?

CAP. La justicia, y basta.
YHUNG. Pero ¿á quién busca?
LUIS. Su nombre.
CAP. Si sois tres, el cuarto falta.
ALF. Daniel el endemoniado.
REY. Lo que pese doy en plata,
si me lo poneis ahora
bajo el pomo de mi espada.
CAP. Pues está chusco el hidalgo
con la exigencia y la dádiva;
¡reclamar á la justicia
lo que ella busca y reclama!
REY. Recoged, buen caballero,
por torpe esa bufonada;
porque si sois la justicia,
ni dá ni recibe chanzas;
si no lo sois, perdonadme,
no es aqui donde haceis falta.
CAP. ¡Ah!
LUIS. Si.
YHUNG. Si.
CAP. ¡Cuerpo de Cristo,
me dá una leccion!
REY. Tomadla.
CAP. Pues yo... (Echando mano á su espada.)
ALF. Capitan, cuidado
no se desmande quien manda;
que no consigue la fuerza
lo que la razon alcanza.
Dáos al rey, porque en la córte
los que las leyes quebrantan,
rondando despues de queda
con el embozo á las barbas,
con las tizonas desnudas,
con el temor de asechanzas,
con el hito en los balcones,
y con un loco por guarda,
son...
CAP. Lo que sois.
REY. Delincuentes.
ALF. Y los que ademas rechazan
la ronda que los persigue

con gritos, y á mano armada,
son...
CAP. Lo que sois...
REY. Criminales.
CAP. Para quienes, á Dios gracias,
destina el buen Cardenal
las galeras y la marca.
REY. Rígido es.
CAP. Justiciero.
REY. Tiene nombre.
ALF. Tiene fama.
REY. Y venis...
CAP. Por órden suya.
REY. Veamos.
ALF. Vedla. (Entregándosela.)
REY. Firmada. (Devolviéndosela.)
CAP. Seguid, pues, á la justicia.
ALF. Que hasta el rey debe acatarla.
REY. Si el rey es digno de serlo,
besa, como yo, su vara.
(Se descubre y lo hace.)
Sigo, pues, á la justicia.
LUIS. Señor. (Intentando con Yhung la resistencia.)
REY. Humíllate, y anda.

ESCENA IV.

DICHOS, y BENEDICTA, que aparece sobre el umbral de la puerta de la izquierda, al ir á salir por la de la derecha los otros: al verla, marca el Rey un gesto de repugnancia, D. Luis de temor y de sobresalto Yhung.

BEN. ¡Magnífico! (Adelantándose.)
YHUNG. ¡Benedicta!
LUIS. ¡Cielos!
REY. ¡Ella!
ALF. Paso.
CAP. En marcha.
BEN. Eso será... no tan pronto,
que asi mis huéspedes salgan
sin darles mi enhorabuena,
(Volviéndose respectivamente á unos y á otros.)

y á ellos dos mi enhoramala.

CAP. ¡Oh!...

BEN. Si, confesad, señores,
que cuando aqui me arrebatan,
ya veis, tan violentamente,
los que honran mi morada,
como mujer me atropellan,
como señora me agravian:
y ó no serán caballeros
los que asi su lustre empañan,
ó habrán de satisfacerme
por mujer...

ALF. Cierto.

BEN. Y por dama.

YHUNG. (Aparte al Rey.)
La juzgo, y me abismo en dudas.

REY. (Idem a Yhung.)
Júzgala mas, y compara.

BEN. (Ap.) Nos estudian, estudiemos.

ALF. (Idem al Capitan.)
¿Contestaré?

CAP. (Idem á D. Alfonso.)
Lo que os plazca.

ALF. Si el deber, señora, fuese
rémora menos tirana,
dieramos pruebas de nobles
para que os desagraviaran,
dejando libres los presos,
las voluntades esclavas;
mas ya veis que es imposible...

BEN. Que el sol sin aurora salga,
mas no que salgais sin ellos,
por el honor de mi casa.

CAP. Perdonad; sin ellos nunca.

ALF. Nuestro deber nos coacta.

BEN. Fuego en el deber.—Entonces
(A D. Alfonso.)
permitid...

ALF. Soy vuestro.

BEN. Gracias:
que á solas con este hidalgo
(Designando al Rey.)

por algun tiempo departa.
Podeis abajo esperarle.

ALF. ¿Con estos dos?
(Señalando á Yhung y á D. Luis.)

BEN. Si os agrada;
para que os digan si el loco
tiene pies ó tiene alas.

LUIS. ¡Señor! (Resistiéndose á abandonarle.)

REY. (Aparte á D. Luis, y entregándole el anillo que lleva en el índice.
Oculta mi sello.

YHUNG. ¡Señor!

REY. Id en paz.

BEN. Y en gracia:
que Dios por nosotros vela.

REY. (Aparte á Yhung y á D. Luis al pasar junto á él.)
Ni un gesto ni una palabra.

ESCENA V.

El REY y BENEDICTA.

REY. Vales, Benedicta, un mundo.

BEN. Señor...

REY. ¡Qué feliz audacia!
¡qué oportuna en los ardides,
qué sorprendente en las cábalas,
qué admirable en estos lances
tu imaginacion volcánica!

BEN. Me confundis...

REY. No, te admiro:
porque en tales circunstancias,
es mucho obrar como obraste,
cuando hoy no me esperabas.

BEN. Siempre espera quien bien sirve.

REY. Mejor quien conspira ó ama.
(Con profunda intencion.)

BEN. Dícelo asi vuestra alteza.

REY. Y un loco.

BEN. Un loco se engaña.

REY. Juran que el loco y el niño
siempre la verdad declaran.

BEN. Y ese de que hablais ¿qué dice?
REY. Que tú, pardiez, conspirabas.
BEN. Ved ahí que en esto acierto.
REY. Con mi hermano.
BEN. Cosa rara.
REY. Y en union con los de Ureña.
BEN. Digo que el loco es alhaja.
¿Y si asi fuese?
REY. Si fuese...
BEN. ¿Qué hiciera el Rey?
REY. El Rey...
BEN. ¡Calla!
REY. Siente el corazon tan grande,
vé su cabeza tan alta,
hay tal prestigio en su nombre,
y en su frente gloria tanta,
que al mirar esos reptiles
bullir mordiendo sus plantas,
quizá para mas castigo ..
BEN. ¿Qué hiciera?
REY. Los perdonara.
BEN. ¡Gran Rey!
REY. Di mejor, gran hombre:
como á Escipion mas me halaga.
BEN. Pero suponed que ahora
lo enredasen ya sus tramas.
REY. Las deshará con un soplo.
BEN. Por temor.
REY. Por repugnancia;
como si al pasar me enredo
con las telas de una araña;
dejando á la tramadora
que huya en paz, y sea mas cauta.
BEN. ¡Gran hombre!
REY. En esto, gran rey;
porque lucha, vence y salva.
BEN. ¡Nunca lo admiré tan grande!
REY. Porque tus ojos, cuitada,
vieron al niño en amores,
pero jámas al monarca.
Y ahora, pues, que estamos juntos,
y he caido en tu celada,

¿qué piden los que te ayudan?
tus cómplices ¿qué reclaman?

BEN. Piden, señor, dos coronas
para el Infante de España;
piden abolidos fueros,
piden, perdonad su audacia,
que vuestra alteza no reine
mientras reine doña Juana.

REY. Mi madre, (*Se descubre.*)
Dios la bendiga:
mi hermano, (*Se cubre.*)
Dios le dé calma.
¿Con que serán dos coronas?
mírelo bien la Serrana.

BEN. Las de Aragon y Sicilia.

REY. Vive Dios que son pesadas,
para que puedas tú sola
desde mis pies levantarlas.

BEN. Tengo, señor, quien me ayude:
ved, oid...
(*Toca un resorte en la columna inmediata, suena adentro un timbre, y luego tres campanadas.*)

REY. ¡Tres campanadas!

BEN. Tres paladines responden
que servirán de palancas.

REY. Me placen las aventuras
donde mis fuerzas se ensayan.

BEN. Pues abordad la presente.

REY. No vuelve un Rey las espaldas.

BEN. Sois, señor, digno adversario.

REY. Romperemos una lanza.

BEN. Buenas las tiene el palenque.

REL. Mejor es Dios y mi causa.

BEN. Podeis probarlo.

REY. Probemos.

BEN. Pero vais solo y sin armas.

REY. Mi fé, mi aliento y mis ojos
para los traidores bastan.

BEN. Pues por aqui.

REY. Bien.

BEN. Dignaos...
(*Abriendo la puerta de la izquierda, é invitando al*

Rey á que pase. Este titubea un momento.)
¿Teneis... miedo?

REY. ¿Yo? ¡villana!
Siendo niño me criaron
de un leon frente á la jaula,
y al compás de sus rugidos
en la cuna me arrullaban.
Calor me dieron sus hálitos,
sus mechones tosca manta,
sus ojos bárbaro brio,
salvaje ardor su pujanza:
y al revolverse iracundo
con majestad soberana,
batiendo la ardiente cola
sus melenas erizadas,
y dilatando sus fauces
para devorar con ansia,
la sangrienta carne cruda
que sus dientes trituraban,
frenético me veian
lanzarme á la balaustrada,
y enseñándole mis manos,
juntas allí con sus garras,
cogérselas repitiendo:
¡yo tambien, pero... de águila!
Que te responda el leon
si tengo miedo ¡villana!
(El Rey atraviesa con majestad el quicio de la puerta, y sale.)

ESCENA VI.

BENEDICTA, profundamente conmovida y atónita, junto á dicha puerta, y D. PEDRO, diciendo al abrir sigilosamente la secreta

PED. Dió la señal y no entraron...
(Acercándose á Benedicta.)
pero ¡sola, yerta y pálida!
¿Benedicta?

BEN. ¡Tengo miedo!

PED. ¿Y el Rey?

BEN. Entró.

PED. ¿Pues qué aguardas?...
Trueno de Dios, ¿no es un hombre?
BEN. ¡Él es él!... Cárlos de Austria.
PED. Pero nosotros...
BEN. Nosotros,
cuervos que amedrenta el águila.
PED. ¿Quieres con eso indicarme
que te arredras y apostatas?
BEN. (Reanimada por el sentimiento de su orgullo lastimado.)
Yo fuí, don Pedro, su víbora;
yo le traje á mi emboscada;
pues por mi padre advertida
cuando esta noche os dejaba,
me apercibí de su arribo,
dí las señales de alarma,
neutralicé la sorpresa,
redoblé mis asechanzas,
y aquí le tengo...
PED. Sublime.
BEN. (Designándose á sí propia.)
Pues bien, mirad...
PED. ¡Aterrada!
BEN. ¡Porque es muy grande ese hombre
para verle cara á cara!!!
PED. Quiere decir que el Infante
no cuenta ya con su esclava;
que lo vendes...
BEN. ¡Ah!
PED. Pues huye:
(Apartándola para precipitarse á la puerta por donde entró el Rey.)
cuento yo con mi venganza.
BEN. ¡Nunca, nunca!
PED. (Señalando á la puerta secreta.)
Pronto.
BEN. Vamos.
PED. Contra el Rey si el Rey me ultraja.
(Salen y cierran trás sí la puerta.)

ESCENA VII.

El CONDE DE UREÑA, y luego D. LUIS por la puerta de la derecha. Los dos primeros versos desde adentro.

CONDE. Respondo yo de este jóven,
mientras aqui me acompaña.
Llegad, señor caballero.
LUIS. (Reconociendo con sorpresa el local.)
¡Nadie!...
CONDE. Solos en la estancia.
Podeis hablar francamente
del objeto de esta carta.
LUIS. ¿Sois, pues, el Conde de Ureña?
CONDE. Y vos sois...
LUIS. Don Luis de Ávila.
CONDE. ¿Paje del Rey?
LUIS. Ved mi firma.
CONDE. (Ap.) ¡Qué sucede!
(Alto.) Si, muy clara.
(Fijándose en el papel que lleva en la mano.)
¿Y á qué le debo la honra
de tal cita y en tal casa,
vos cautivo, yo con duelos,
y á unas horas tan aciagas?
(D. Luis se agita impaciente, como queriendo penetrar el secreto de aquellas paredes.)
LUIS. Si sois leal como hidalgo,
¿tendreis fé?
CONDE. Ya muy gastada.
LUIS. ¿Corazon?
CONDE. Ya muy herido.
LUIS. ¿Prudencia?
CONDE. Ya veis mis canas.
LUIS. De cualquier modo, sois noble.
CONDE. De generosa prosapia.
LUIS. Por eso al Conde de Ureña
soy yo quien aqui lo llama,
para decirle...
CONDE. Decidlo.
LUIS. Que su Rey está en desgracia...
Pero ¡lo ois sin turbaros!

CONDE. (Ap.) ¿No era el plan para mañana?
LUIS. Sin turbaros, caballero,
y ese Rey es el de España,
y ese noble que lo escucha
tiene honor y ciñe espada?
Yo esperé que os hallaria
contra el Rey ardiendo en saña,
porque al fin no besa un Grande
la mano que lo avasalla:
pero supuse tambien
que una sangre tan hidalga,
se purgase generosa
de sus pasiones bastardas;
y ante el peligro del trono,
y ante el baldon de la patria,
me probase que en los Grandes
la grandeza está en el alma.
CONDE. Sois, don Luis, harto severo;
porque en cuestiones tan árduas
la juventud es muy viva,
pero la vejez muy tarda.
¿Con que juzgais á su alteza,
(Se descubre.)
guárdele Dios, en desgracia?
(Se cubre.)
¿dónde?
LUIS. Aqui.
CONDE. ¿Por quién?
LUIS. Oidme:
dos años há que insensata
mi pasion por una jóven,
me hizo escalar su ventana;
cuando casi al trasponerla,
sentí que al pié de la escala,
soltó mi cómplice un grito,
rodando de una estocada.
Sabeis...
CONDE. Decid.
LUIS. ¿Quiénes eran
el asesino y la dama?
Daniel el endemoniado,
Benedicta la Serrana.

(Breve pausa.)
Pero me salvó del padre
la hija que yo infamaba;
satisfaciendo su ofensa
con obligarme á jurarla,
que si una vez lo exigiese,
mi honor por su honor pagara.
Corrió el tiempo, víla en Flandes,
tornamos juntos á España;
y hará tal vez una hora
que aqui mismo, en esta sala,
prestándome á sus ardides
para que al Rey espiara,
bien á costa de mi honor
quedó mi deuda pagada.
Pues bien; ella, Benedicta,
sustrajo al Rey de esta cámara;
reptil astuto lo acecha,
serpiente infame lo ataca;
y aunque no alcanzo los fines
de su empresa temeraria,
vos que, segun lo atestiguan,
sois actor en este drama,
penetrareis los misterios
de la mujer que lo fragua;
(El Conde aparece dominado por un pensamiento.)
y al oir que un hombre os dice,
Grande, por grande te emplazan;
enemigo, sé magnánimo;
noble á tu señor ampara,
vereis si os cumple salvarle
(Como inspirado por lo último que escucha, el Conde expresa con un gesto su satisfaccion, y se fija en el diálogo.)
con vuestra sublime táctica,
ó estampar en vuestro escudo
para mengua castellana,
«*Giron el de las traiciones*,»
por «*Giron el de la fama.*»

CONDE. Giron escucha y perdona,
jóven, esas frases cáusticas,
por el infortunio régio

que lo aturde y os exalta:
y confundiendo en sus ojos
la ira con la templanza,
quiere á su vez preguntaros...

LUIS. Secretos que al Rey se guardan,
no hay lengua que los revele
sin secarse en la garganta.

CONDE. Sutil andais y discreto.

LUIS. Vos remiso.

CONDE. Yo, con pausa;
porque al fin, justo es decirlo,
Rey que tanto se recata
de sus nobles, y en Castilla,
ó no es rey, ó es rey de farsa.

LUIS. Ved que os juro...

CONDE. Si, ya veo
que es mi rudeza muy franca:
pero confesad, hidalgo,
que entre misterios velada,
y á deshoras vagabunda,
y escarnecida á mansalva,
no hay español que adivine
la majestad de un monarca.

LUIS. Pero un rey entra en sus pueblos...

CONDE. Entra, mas no los asalta.

LUIS. De suerte que...

CONDE. Que no es mucho
que á Giron dudar le haga,
pues él de sí mismo duda
cuando se esconde y disfraza.

LUIS. Pero mirad...

CONDE. ¡Ay! los viejos
tan solo ven lo que palpan.

LUIS. Sutil andais.

CONDE. Vos remiso;
porque suponiendo exacta
la relacion que os escucho,
no dais para autorizarla
ni una prueba á mis sentidos,
ni á mi conducta una pauta.

LUIS ¿Puebas? Tomad.

(Sacando de su escarcela el anillo del Rey y entre-

gándosele.)

CONDE. ¡Linda joya!

LUIS. (Llamando sobre la piedra la atencion del Conde.)
Ved.

CONDE. (Ap.) ¡Su sello! (Alto.) Una esmeralda.

ESCENA VIII.

DICHOS, y DANIEL, que abre sigilosamente la puerta secreta, y sin acordarse de cerrarla se dirige, como yerto de frio, á la chimenea, despues de reconocer con una indefinible zozobra el escenario. D. Luis no se apercibe por estar vuelto de espaldas á la citada puerta.

LUIS. ¿Y en ella qué?

CONDE. (Ap., reconociendo á Daniel.)
¡Ah! (Alto.) En ella...
(Ap., fijándose precavidamente en Daniel.)
Trájole mi suerte. (Alto.) Nada.

LUIS. (Con insistencia.)
Mirad mejor...
(Daniel revuelve en el hogar las ascuas.)

CONDE. Caballero,
permitid... que ya me cansa
fingir siquiera que escucho
tan ridículas patrañas.
Y no por decirlo ataco
vuestra fé, don Luis de Ávila,
(Pronuncia este nombre con significativa expresion, y tambien los siguientes versos, para evocar los recuerdos y fijar la atencion de Daniel; quien se estremece convulsivamente, hace un supremo esfuerzo para coordinar sus ideas, se levanta, fíjase ahincadamente en el diálogo, y se dispone á obrar.)
sino el error y el delirio
que á la demencia os arrastran,
desde la noche de horrores
(Daniel se aproxima cada vez mas por detrás de don Luis, y cada vez tambien mas significativo al oir al Conde.)
en que os salvó disfamada,
bajo el puñal de su padre,

Benedicta la Serrana.
(Daniel, lanzando un grito terrible, se precipita sobre D. Luis.)

DAN. ¡Él!!!
LUIS. ¡Ah!
DAN. ¡Él!!!
LUIS. ¡Dios mio!
DAN. (Con un júbilo delirante.) ¡Mio!
LUIS. ¡Fatalidad!
DAN. (Con profunda entonacion.) ¡Deshonrarla!!!
CONDE. (Ap.) Tú sola, ambicion, tú sola:
triunfo tal con nadie partas:
¡Quién como el Rey si se pierde!
¡quién como tú si lo salvas!
(Váse por la puerta secreta.)

ESCENA IX.

D LUIS, queriendo abalanzarse á la puerta secreta, que el Conde en su precipitacion no se cuidó de cerrar, y DANIEL, conteniéndole vigorosamente por un brazo, y contemplándole con estúpido ahinco. El diálogo indica las inflexiones de voz, las transiciones de afectos, las pausas y el trastorno violento de la locura, que tan pronto áfirma como niega, y olvida como recuerda.

LUIS. (Apostrofando al Conde.)
¡Ah, traidor... traidor, me vendes!
Su sello...
DAN. Verás.
LUIS. (A Daniel.) Aparta.
DAN. Y tú ¿no has visto—la horca?
LUIS. Su sello...
DAN. ¡Chist!—anda, anda—
la verás—iré—¡yo!... nunca.—
Bien—iré—y aunque tan alta,
quitaremos mi cabeza,
que han clavado en esa escarpia,
y entre don Luis y mi hija
rodando haremos que caiga.
¡Benedicta!—¡ah! ¿tu afrenta?
lávala con sangre—¡lava!—

(D. Luis que, anonadado por el terror y la sorpresa, no habia opuesto resistencia al loco, hace un esfuerzo para ganar la puerta. Daniel prorumpe en una carcajada nerviosa.)

¿Quieres huir?—¡ya! te asustas
porque te arrastro á la plaza.—
Mírame—soy—¡el verdugo!—
no—¡su padre!...

(Suelta á D. Luis para buscar su daga en la cintura.)

LUIS. ¡Dios me valga!!!

(D. Luis, y en pos suyo Daniel, ganan la puerta secreta, dejándola cerrada la violencia de la repercusion.)

ESCENA X.

El REY, con espada en mano, y D. PEDRO GIRON, el ALMIRANTE, el DUQUE DEL INFANTADO y el MARQUÉS DE ASTORGA, con antifaces por la puerta de la izquierda. Los cuatro primeros versos desde adentro.

REY. Paso al Rey, cobardes, paso:
porque el leon en la trampa
si no ruge de vergüenza,
de cólera despedaza.
Paso al Rey...

(La puerta se abre violentamente, y salen.)

TODOS. (En son de amenaza.) Señor.

REY. (Envainando la espada.) Traidores,
que me cercan y acorralan,
como en el monte los perros
á la feroz alimaña.

INF. Jurad pues.

ALM. Firmad.

REY. Y os digo
que si hablais al Rey...

PED. (Alargándole un pergamino.) Firmadla.

REY. Si hablais al Rey, de rodillas;
si al hombre, con las espadas.

PED. Ved, señor, que no se aterran
por cóleras ni amenazas,

los que al azar de este juego
sus cuatro cabezas lanzan;
porque al barajarlo saben
que las juegan y se guardan,
para el verdugo si pierden,
para la gloria si ganan.

REY. ¿Quién se atreve á hablar de gloria
cuando se cubre de infamia?

AST. Los que conspiran y vencen.

INF. Los que os turban con su hazaña.

ALM. Los que de la muerte rien.

PED. Los que lloran de venganza.

REY. Pues, vive Dios, que á los mismos
que tal piensen y tal hagan,
en esta tierra, que brota
mundos, héroes, honra y lanzas,
los harán mis manos polvo,
que lo difundan y esparzan
con sus relinchos al viento
mis caballos de batalla,
para enseñar que ni polvo
deja el traidor en España.

PED. ¡Fuegos tiene el Rey don Cárlos!

REY. Y solo Dios los apaga.

AST. Mucho en la suerte confia.

REY. Porque cuenta con su alma.

PED. Grande ha de ser.

REY. Como el mundo.

ALM. Tiene ambicion.

REY. Que lo espanta.

INF. ¿Qué será pues de la Europa?

REY. Me ha de servir de peana.

PED. Y de esclavos nuestros pueblos.

REY. Jamás los hubo en Numancia.

AST. Pues la nobleza se irrita.

REY. Como el caballo á quien traban.

PED. ¿La domareis?

REY. ¿Quién lo duda?

PED. Por Dios que es pujante y brava.

REY. Se amansará con el fuego
de mosquetes y bombardas,
tirando con riendas de oro

de mi carro en las campañas;
comiendo el pan de la guerra;
bebiendo sangre en las charcas;
y apurando en las victorias,
de mi festin las migajas.

PED. Antes que abatida, muerta.

REY. Muerta está.

PED. Pues muerta, mata.

REY. Cuente el Rey con su justicia,
que su pueblo y Dios lo guardan.

PED. Lance un grito la nobleza,
y hará del cetro una caña.

REY. ¡Pobre nobleza caduca,
sin porvenir y sin basa
desde que arruinó mi abuelo
tu feudalismo y tus arcas!
No rugen ya tus motines,
ni aqui vuelven tus cruzadas,
ni al pregon de tus heraldos
quitas y pones monarcas:
no renovarás los tiempos
en que al pié de tus murallas,
iban los reyes mendígos
á pedirte pan y lanzas.
Hoy que el Rey es centro y vida
de la nacion que lo aclama,
serás, caduca nobleza,
de su trono mercenaria:
segun tus vicios, tu nombre,
segun tu virtud, tu fama.

PED. ¿Quién tal dice?

REY. Yó, su amo.

AST. ¡Señor! (Atónito.)

ALM. ¡Ah! (Fascinado.)

INF. Señor. (Confundido.)

PED. (Volviéndose á los suyos.) ¡Mal haya
quien pusilánime tiemble,
quien perjuro se retraiga!
Si esa nobleza española,
que en su ilusion rinde y mata,
desplega en último trance
todo el poder de su raza;

y á los plebeyos incita
con el botin que los harta,
y á las tropas desenfrena,
y á las ciudades arrastra,
y acomete y los derrumba
como inmensa catarata,
sin dejar piedra con piedra
de ese trono que os espanta;
¿qué hará, decid, qué hará entonces
Cárlos primero de España?
Y si despues la nobleza
Rey al Infante proclama,
como á don Sancho en Toledo,
como á don Alfonso en Ávila,
¿qué será, señor, entonces (Volviéndose al Rey.)
la nobleza castellana?

REY. La mujer de Lot, que vuelve
contra mí, su Rey, la cara,
y mi aliento la trasforma
de negra sal en estátua.

INF. ¡Sois, pues, señor, mas que un reino,
mas que los hombres en masa!

PED. ¿Quién sois, pues?

REY. (Con infinita majestad.) ¡Yo soy mi siglo!!!

(Demostraciones de admiracion y de entusiasmo en el Duque, en el Marqués y en el Almirante: D. Pedro las sofoca con el gesto, con el ademan y con la palabra.)

PED. Y nosotros... esa España,
que los flamencos explotan,
venden, turban y desangran;
y el Cardenal tiraniza,
rinde, incendia y amilana:
somos tambien esos nobles,
que al horror de mengua tanta,
vuelven contra sus verdugos
las picotas y las hachas;
y aqui, señor, á pie firme,
con las cabezas tan altas,
que nos parecen los reyes
de mas raquíticas tallas,
pedimos...

INF. Si.
AST. Si.
PED. Pedimos
que jure Cárlos de Austria,
no gobernar en Castilla,
mientras reine doña Juana.
Que jure aqui nuestros fueros,
(Señalando con la mano izquierda el pergamino, que alarga con la derecha.)
derogados en Simancas:
y que firme su renuncia
de Aragon, Sicilia y Parma,
reservando sus coronas,
para el Infante de España.
AST. Jurad.
INF. Firmad.
ALM. Lo exigimos
por la salud de la patria.
AST. Por la vuestra.
INF. Por el trono.
PED. (Descubriéndose y presentándole el pergamino.)
Ved aqui, señor, el acta.
REY. (Con soberana dignidad y sangre fria.)
Bien está; dadme: y ahora,
yo, que nunca la arrojára
contra un rostro descubierto,
la arrojo contra esas máscaras.
(Hace pedazos el acta, y lo ejecuta.)
AST. ¡Rayo de Dios!
ALM. ¡Luz de Cristo!
PED. ¡Morir!!!
(Los conjurados, ciegos de cólera y de vergüenza, echan mano á las empuñaduras de sus montantes: D. Pedro dá un paso en ademan de acometer al Rey: pero retroceden como heridos por la consideracion de su propio crímen.)
REY. ¡Impotente rabia!
(Á D. Pedro.)
¿Sabes por qué, miserable,
para ofenderme no saltan
ni tus ojos de sus cuencas,
ni tu puñal de su vaina?

(Á todos.)
¡Sabeis por qué vuestra sangre
lejos de bullir se cuaja,
y los músculos se crispan,
y el terror los pies os clava?
Porque al mirar confundidos,
mi cabeza coronada,
veis que la sombra de Dios
relampagueando pasa:
porque en esta frente ungida
veis con asombro que estampan,
la Providencia su sello,
la dominacion su marca.
¡Ley de las dominaciones,
tú eres la ley de mi espada!
¡Ley de las dominaciones,
todo por tí para España!—
¿Qué haceis ya?... Salid, lo mando.

PED. (A los suyos.)
¡Valor!

REY. (Con mayor energia.)
¡Salid!

PED. (A los suyos con desesperada resolucion.)
¡Pertinacia!

REY. (A D. Pedro.)
No me roben tus traiciones
el placer de perdonarlas.

PED. (A los suyos.)
Antes firmará con sangre,
por la que al rostro me saca.

REY. Rostros que se encubren tanto,
bien ocultan esas manchas.

AST. Pero tentais á los hombres.

REY. Ellos á Dios.

PED. (Separando á los suyos y saliendo al frente.)
Pues bien; plaza...
Vais á ver, señor, mi rostro:
vais á ver que si nos ata
la majestad de los reyes,
las injurias nos desatan:
vais á ver que no están muertos
cuando mi furor estalla,

ni estos ojos en sus cuencas,
ni este puñal en su vaina.
Caballeros de mi alcurnia,
(Volviéndose á los suyos.)
¡salud al Rey que hoy acaba!
(Desenvaina la espada, se descubre y saluda profunda y reverentemente al soberano. Lo mismo hacen los otros á su vez.)

LOS TRES. ¡Salud al rey! (Se cubren todos.)

PED. Y ahora el hombre,
que venga y cuente mis manchas;
que yo le arrojo por guante
para mas baldon, mi máscara.
(Se la arranca y la arroja á los pies del Rey. Lo propio ejecutan los demas.)

AST. Y yo.

INF. y ALM. Y yo.

REY. No, insensatos,
no enseñeis al Rey las caras,
que hoy no quiere conoceros,
para humillaros mañana.

PED. (Colocándose enfrente del Rey.)
Don Pedro Giron me llamo.

REY. (Volviéndose sorprendido á contemplarle.)
¡Giron, el de las hazañas!
¡Giron, el que dió á sus reyes
hasta el giron de su capa!!!
Giron, que Dios te perdone,
como el rey Cárlos de Austria.

ESCENA XI.

DICHOS, y BENEDICTA sobre el quicio de la puerta por donde salió el Rey con los conjurados, en ademan de esperar con vivísima ansiedad el desenlace.

PED. No es tu piedad lo que busco,
sino tu espada.

REY. (Expresando su resolucion con un gesto, que revela toda la energia de su espíritu, y desenvainando y tendiendo su espada con inalterable sangre fria.)
Mi espada.

PED. (Poniéndose en guardia, y saludando.)
¡Por el nuevo rey Fernando!
LOS TRES. (Saludando del mismo modo, y dejando despues sus espadas en el suelo, como esperando vez.)
¡Por el Infante de España!
REY. ¿Pero dónde está mi hermano?
¿dónde se oculta?... Que salga,
como en Montiel á don Pedro,
su hermano el de Trastamara...
¿Dónde te ocultas, Infante?...
ven á probar si me arrancan
ni un floron de mi corona
(Señalando á los cuatro.)
tus cuatro perros de caza:
ven á morir si no reinas,
ven á reinar si me matas.

ESCENA XII.

DICHOS, y el CONDE DE UREÑA, abriendo con violencia la puerta secreta. Algo despues DANIEL por la misma.

CONDE. ¡El Infante ha muerto!!!
TODOS. (Sorpresa pavorosa.) ¡Muerto!!!
DAN. (Blandiendo su puñal.)
¡Vale dos mundos mi daga!
BEN. (Lanzando un grito desgarrador, y señalando horrorizada á su padre.)
¡Por él!!!
REY. ¡Mi hermano!
INF, ALM., AST., PED. y BEN. ¡Perdidos!
(Salen aterrados los cuatro primeros por la puerta secreta, y la última por la en que se halla Daniel: este la vé y la sigue.)

ESCENA XIII.

DICHOS, menos los que han salido.

REY. ¡Mejor es Dios y mi causa!
CONDE. ¡Lo salvé... por fin!
REY. (Volviéndose sorprendido.) ¡Tú!

CONDE. (Procurando que el Rey le siga.) Pronto... seguidme...

REY. ¿Quién eres? habla.

CONDE. Soy... la lealtad española.
(Entregándole su anillo.)

REY. ¡Bien, por el honor de España!

ESCENA XIV.

DICHOS, y D. LUIS, que con una mano sobre el costado derecho, como si cubriese una herida, se arrastra hasta asomar la cabeza y parte del cuerpo por la puerta secreta, á tiempo que el Rey y el Conde estan á punto de salir por la de la derecha.

CONDE. ¡Quién como el Rey!

LUIS. (Con voz doliente.) ¡Lo ha salvado!

REY. ¡Quién como Dios!
(Salen el Conde y el Rey.)

LUIS. (Elevando los ojos y una mano al cielo.)
¡Gracias, gracias!!!

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Salon gótico en el palacio real de Valladolid, con estátuas y con fastuosa pompa decorado. Sobre dos leones con los globos del mundo bajo sus garras, y entre las columnas de Hércules, con remate de coronas cada una, y enlazadas por el rótulo PLUS ULTRA, de grandes letras de plata, se situará convenientemente el trono. Puerta principal de entrada á la derecha: otra á la izquierda para los departamentos de palacio: al fondo del escenario, y oculta por una colgadura de terciopelo bordado de castillos y leones, una galeria con balaustrada á la calle, á la cual, por ser corrida, dan tambien entrada otras habitaciones interiores. Son las diez de la mañana.

ESCENA PRIMERA.

A la derecha, el estruendo de las músicas marciales muy debilitado por la distancia: á la izquierda la orquesta, el órgano y las voces que entonan el TE DEUM en la capilla Real; y á lo lejos, confusamente perceptibles, las aclamaciones de la muchedumbre, las salvas de la artilleria, y los repiques de las campanas. Los mesnaderos de palacio con alabardas y partesanas, los maceros, reyes de armas, pajes, uno de ellos con las llaves de oro de la ciudad en una bandeja de plata, gentiles-hombres españoles y flamencos, damas de la córte, D. ALFONSO TELLEZ con los jurados de Valladolid, el MARQUÉS DE NOROÑA, el CONDE DE UREÑA, el de YHUNG, y el REY, salen por la puerta principal. Los reyes de armas se colocan junto al trono, y los maceros en ambas puertas, mientras pasa toda la comitiva, y se vá por la de las habitaciones interiores.

ESCENA II.

BENEDICTA, que se introduce en el salon cautelosamente, aprovechando la confusion de los cortesanos, y detiene al Marqués de Noroña.

NOR. ¡Temeridad sin ejemplo!
BEN. Tardabas.
NOR. No.
BEN. Si.
NOR. ¡Ah!
BEN. Escucha...
(Llevándole al proscenio.)
NOR. ¡Benedicta! (Mortal inquietud.)
BEN. Dos palabras.
Por esto salgo en tu busca,
favoreciendo mi arrojo
la confusion de las turbas.
NOR. ¡Vienes á dar tu cabeza!
BEN. Vengo á que el Rey dé la suya.
NOR. ¿Pero ni el trance de anoche,
ni este lugar te conturban?
BEN. Morir por morir, que sea
donde el Infante sucumba.
NOR. Pronto, pues.
BEN. ¿Viste al Infante?
¿lo has visto?
NOR. No.
BEN. ¿Ni en la ruta?
NOR. ¡Ni allá ni aqui, todo inútil!
BEN. ¡Nadie se salvó!
NOR. No hay duda.
BEN Pues óyeme bien, Noroña:
la muchedumbre aqui junta,
ciega ya, corre á la plaza
despavorida y confusa;
y alrededor de un cadalso
que dos verdugos ocupan,
con un brasero que atizan,
y cuyo fin nos ocultan,
muévese, túrbase, inquiere,
se exalta, ruge y murmura;

con ella van mis parciales,
con mis parciales las furias,
y con las furias mi audacia,
que Dios es grande y me ayuda.
Faltóme solo un pretexto
para explotar á las turbas,
y vélo aqui, si consigo,
pues no disciernen ni juzgan,
que ya subiendo al cadalso
ver á su Infante presuman.
Pólvora son sus pasiones;
préndolas fuego, y que cunda.
¡Guay del Rey, si dá en las llamas!
¡guay del Rey, si Dios me ayuda!

NOR. Pero infeliz...

BEN. Tú al acecho:
para el audaz la fortuna.
(Vánse por la puerta principal.)

ESCENA III.

Los CONDES DE UREÑA y de YHUNG, por la puerta de la izquierda.

CONDE. ¿Y asi, pues, nada os ha dicho
de su fatal aventura?

YHUNG. Préciase el Rey de muy cauto.

CONDE. (Ap.) Pues mantente, lengua, muda.

YHUNG. Solo vi, por desenlace
de aquella farsa nocturna,
que el Rey salió noble y fiero,
como Rey, no como en fuga;
que al llegar mostró á mis guardas
bajo su cota su púrpura;
les designó los rebeldes;
les intimó su captura;
dióle al Capitan su órden;
á don Alfonso la pluma,
y á vos la mano y el pliego
que dictó con faz sañuda.

CONDE. (Con mal disimulada inquietud.)
Despues...

YHUNG. Ni supe, ni juzgo
que del Infante le ocurra
suponerle con traidores
pacto, relacion ni culpa.
CONDE. ¡No!
YHUNG. No.
CONDE. Y ¿opinais?...
YHUNG. Lo mismo.
CONDE. Yo... tambien.
YHUNG. ¿Si?
CONDE. Si.
YHUNG. Pues juran
que mi opinion no es la vuestra.
CONDE. Pues juran mal, porque en suma
queriendo el Rey que esto opinen,
fuera mi opinion absurda.
YHUNG. Mucho desentraña el Conde.
CONDE. Soy viejo...
YHUNG. Cauto.
CONDE. ¡Diablura!
YHUNG. ¡Y sagaz!
CONDE. Yo no, su alteza,
que asi me advierte y anuncia,
que ante la razon de estado,
la razon del hombre es nula.
YHUNG. ¡Sutil ingenio!
CONDE. Y ¿qué opina?...
YHUNG. ¿Quién?
CONDE. (Titubea.) Vos, de la muerte súbita...
YHUNG. ¿Del Infante?
CONDE. Si.
YHUNG. Calculo,
ved que soy yo quien calcula,
que para fingirla anoche,
no pudo hallar vuestra astucia
ni mas crítico momento,
ni mas feliz coyuntura.
CONDE. Cálculos hay que nos honran.
YHUNG. Y añaden...
CONDE. ¿Quién?
YHUNG. (Titubea.) Yo...
CONDE. ¿Qué os turba?

YHUNG. Ver lo feliz de la estrella
que desde anoche os alumbra.
CONDE. La mejor estrella el celo.
YHUNG. Mejor que el celo la industria.
CONDE. Mas decis que añaden...
YHUNG. Digo,
que obrais con fé.
CONDE. Mucha.
YHUNG. Mucha:
mal hubierais de otro modo
salvado al Rey de esa chusma,
con un golpe que revela
celo y fé, valor y astucia.
¡Bravo golpe!
CONDE. Bravo.
YHUNG. Golpe...
CONDE. De buena ley.
YHUNG. (Ap.) Miente.
CONDE. (Id.) ¡Duda!
YHUNG. Planes urdis que me aturden.
CONDE. ¡Ah!
YHUNG. Vos.
CONDE. ¿Eh?
YHUNG. ¡Qué travesura,
para utilizar anoche
del loco y don Luis la lucha;
sorprender al noble Infante;
doblar su terror y angustia;
relegarlo á su aposento
bajo dos llaves y á oscuras;
y luego hacer que coincidan,
por combinaciones mútuas,
la novedad de su muerte,
tan inesperada y brusca,
con la aparicion del loco
bañado en sangre y espuma,
como si á dar fé saliese
con su regicida gúmia!
Sois, vive Dios...
CONDE. Caballero,
soy leal.
YHUNG. (Con intencion.)

Don Luis eso juzga.
CONDE. (Turbado.)
¡Don Luis!
YHUNG. Aunque merecida
su desgracia conceptúa,
porque anoche al Rey...
CONDE. Con todo,
no fué su herida profunda.
YHUNG. No le entorpece la lengua.
CONDE. ¿No?
YHUNG. Mas el Rey se la anuda.
(Suenan golpes de alabarda en el suelo anunciando que sale el Rey.)

ESCENA IV.

DICHOS, que se retiran á una distancia respetuosa, y el REY al paño, como despidiendo con sus últimas instrucciones á DON ALFONSO.

ALF. Bien, muy bien.
REY. Y que el verdugo,
las cuatro máscaras juntas
(Señalando las que lleva en la mano D. Alfonso.)
muestre al pueblo cuatro veces,
de su puñal en la punta:
y á la voz del pregonero
que la sentencia divulga,
las arroje entre las ascuas,
oidlo bien, una por una.
ALF. Bien, señor.
REY. Ah, y os repito
que si á Benedicta ocultan,
nadie su guarida inquiera,
ninguno estorbe su fuga.
ALF. ¿Ni á su padre?
REY. Ni á su padre.
Puente de plata al que huya.
Dios quiso anoche salvarlos:
que su voluntad se cumpla.
(Váse D. Alfonso por la puerta de la derecha.)

ESCENA V.

DICHOS, menos D. ALFONSO.

REY. (Sin apercibirse, al parecer, del de Ureña.)
¿Yhung?
YHUNG. Señor.
REY. ¿Juró?
YHUNG. Juraron:
el Almirante sin pugna,
con lealtad el de Infantado,
y el de Astorga con lisura;
pero Giron...
REY. Juraria.
YHUNG. Señor, las hienas no juran.
REY. Pero las hienas se doman,
lamen los pies y no bufan.
YHUNG. Díjelo asi.
REY. ¿Y él entonces?
YHUNG. Contestó: si en Flandes usan
juramentar á los nobles
para que un secreto encubran,
decid al Rey que en Castilla,
para ocultar su aventura,
si mi cabeza no basta,
sobra el honor de mi cuna.
REY. (Despues de un momento de reflexion.)
Dijo bien. ¿Qué hicísteis luego?
YHUNG. Darles libertad.
REY. ¿Y excusan
con su temor su venida?
YHUNG. Ninguno: vendrán.
REY. (Con entusiasmo.) Me gustan
estos bravos españoles,
hércules de raza pura,
buitres hambrientos de guerra,
cuyo semblante no inmutan
ni un enemigo en el trono,
ni un millon en las llanuras.
¿Qué mas, Yhung?
YHUNG. Su alteza os pide

con lágrimas...

REY. ¡Oh, repugna
ver tan pigmeo á mi hermano
junto á tan grandes figuras!

YHUNG. Permitid, señor; os pide
con lágrimas de ternura,
que el Rey le quite al Infante
la cabeza que lo asusta;
mas el hermano al hermano
su amor recíproco, nunca.

REY. ¡Ahora si!!!

YHUNG. Pues, desde anoche,
recluso aqui continúa.

(El Rey hace un gesto, como indicando que acaba de tomar una resolucion, y saca y entrega un pliego á Yhung.)

REY. Para él; y á Flandes en posta.

YHUNG. ¿Sin darle espera?

REY. Ninguna.

YHUNG. ¿Solo?

REY. No.

YHUNG. ¿Quién lo acompaña?

REY. Quien mas sospechas infunda.

YHUNG. ¿Noroña?

REY. Noroña.

YHUNG. (Disponiéndose á salir.)
Al punto.

REY. (Deteniéndole.)
¿Y en Valladolid barruntan
lo del Cardenal?

YHUNG. Aplauden
vuestras órdenes augustas.

REY. Bien está. ¿Y á esa culebra
(Señalando precavidamente al Conde de Ureña)
fascinadora y astuta?

YHUNG. Lo que convino le dije.

REY. Lo demas que lo presuma.
Salid y obrad; sois mi brazo.

YHUNG. Para lo que al rey le cumpla.

REY. Cuando el rey obra en justicia,
vos dais, él manda y Dios juzga.

ESCENA VI.

DICHOS, menos YHUNG. El Rey se dirige al Conde como sorprendido agradablemente de hallarle allí.

REY. (Alargándole la mano, que besa el Conde.)
¡Ah!
CONDE. Señor, ¡qué inmensa honra!
REY. Quien la gana no la usurpa.
CONDE. Feliz anoche mi suerte.
REY. Mi gratitud lo asegura.
CONDE. Viejo soy, pero...
REY. Sois siempre
la mejor lanza andaluza.
CONDE. Pruébeselo al rey mi sangre.
REY. Tanta lealtad os ilustra.
CONDE. Que si mi cuerpo envejece,
mi espíritu...
REY. No caduca,
pues es un cuchillo en roce
con una piedra muy dura;
mientras ella mas se gasta,
mas el cuchillo se aguza.
CONDE. ¡Grande sois!
REY. Eso, la historia.
CONDE. Me haceis dichoso.
REY. Me adula.
CONDE. Y ¡ay, si esta dicha que ha sido
para mi ambicion hartura,
no la envenenara el crímen!...
REY. ¡Crímen!
CONDE. (Con emocion vivísima.)
¡Oh!
REY. ¿De quién?
CONDE. Me abruma.
REY. ¿De quién?
CONDE. (Cayendo de rodillas anegado en lágrimas.)
Señor, de mi... hijo.
¡Señor, señor!!!
REY. (Ap.) Mucho purgas:
mas al cabo llora el tigre,

si su cachorro desnucan.

ESCENA VII.

DICHOS, y D. PEDRO, que al entrar vé á su padre, dice el primer verso, y se retira al paño.

PED. ¡Él... otra vez... de rodillas!!!
REY. (Levantando al Conde.)
Conde de Ureña y de Osuna,
cuando salvasteis anoche
la majestad de mi púrpura,
y en régias dádivas quiso
mi gratitud ser profusa,
solo aceptasteis un pliego
por este anillo en permuta.
(Señalando el de su índice. El Conde intenta hablar como para justificarse de la adquisicion del anillo en la noche anterior: el Rey se lo impide.)
Si vais, Giron, á probarme
que este anillo no os acusa,
mirad, Giron, que esas cuentas,
don Luis, no el Rey las ajusta.
Yo me reduje á mandaros
que hasta que diese hoy la una,
del pliego que os entregaba
ni aun despegaseis las puntas.
¿Lo cumplisteis, caballero?
CONDE. (Sacando de su escarcela y mostrando el pliego, con el orgullo de su raza.)
Lo cumplí.
REY. Fué gran cordura.
Pues bien, os acorto el plazo;
(El Rey toma el pliego, lo abre y lo devuelve al Conde.)
vedlo con mi sello y rúbrica.
(Váse por la puerta de la izquierda.)

ESCENA VIII.

El CONDE en medio del foro, leyendo profundamente conmovido, y su hijo sobre el quicio de la puerta de la derecha, cruzado de brazos.

CONDE. «Conde de Ureña:
»Todo lo rehusais para vos. Solo pedis la »caida de un gran hombre, y la cabeza de un »gran criminal.
»Poneis á prueba la gratitud del Rey.
»Haceis mal. Sobre la gratitud de los reyes »está siempre la razon de estado.
(El Conde queda por un instante abstraido en el pensamiento que la frase anterior le sugiere; su fisonomia revela todo lo que tiene de mas cruel la incertidumbre.)
»Por fortuna esa razon suprema puede hoy »conciliar mi justicia con vuestra venganza, »mi política con vuestro amor de padre.
»Sea pues. (Enérgico arrebato de alegria.)
»Destierro al Cardenal...»
Pero ¡cómo! el Rey, ¡Dios mio!
esto no es verdad, se burla...
Si. (Leyendo.) No,
(Fijándose mas.) «*destierro...*» ¡Venganza,
tú eres Dios!...

PED. (Ap.) Triunfó su astucia.

CONDE. (Leyendo.) «Perdono á vuestro hijo.»
(Con la vista en el cielo en ademan de infinita gratitud.)
¡Ah, no, solo Dios es Dios!!!

PED. (Ap.) ¡Me adora y me desvirtúa!

CONDE. (Precipitando la lectura.) «Y ahora tened esto »muy en cuenta: nada habeis visto esta no»che, absolutamente nada.»
Nada ví, nada. Que el mundo,
si me lo salvan, se hunda...
¡Hijo mio! (Vá á marchar atropelladamente.)

PED. (Saliendo á su encuentro.)
¿Quién me llama

con tal nombre y tal ternura?

CONDE. ¡Él!!! Yo, yo...

PED. (Con la solemnidad del dolor.)
Mi padre.—Entonces
¿sabreis, señor, que me indultan?

CONDE. Por mí.

PED. ¿Que el Rey me desprecia?

CONDE. Te salva.

ESCENA IX.

DICHOS, y el ALMIRANTE, el DUQUE DEL INFANTADO y el MARQUÉS DE ASTORGA, que entran por la derecha y pasan desdeñosamente junto á los primeros sin saludarlos; y YHUNG, que despues de situar á los últimos en el salon, se vá por la puerta de la izquierda.

PED. (Señalando á los que han entrado.)
¿Que me calumnian?

CONDE. Te honran.

PED. (A los dichos.) Decid, caballeros,
si me honran los que insultan
con un desden mi grandeza,
con un «mentis» mis torturas.
Decid...

INF. y AST. (En son de amenaza.)
Giron...

PED. Si me honran
los que á Giron no saludan.

CONDE. ¡Callan! miserables...

PED. (Con la calma desgarradora de la desesperacion, aunque con sumo respeto filial, y llevándose hácia el proscenio á su padre.)
Callan,
porque desde anoche juzgan
que mi ambicion y perfidia
con vuestro ardid especulan.
Callan, porque á vuestro hijo
cómplice vuestro reputan,
y ahora mismo ¿oís? «¡traidores!»
señalándonos murmuran.

CONDE. ¡Pero, Dios mio, vais á herirme
hasta en mi afeccion mas pura!

(Dirigiendo al cielo una mirada, que revela toda su desolacion.)

ESCENA X.

DICHOS, mas el REY al paño, y YHUNG, que se aproxima al grupo formado por el INFANTADO, el ALMIRANTE y ASTORGA, cuya atencion está reconcentrada en lo que oyen á D. PEDRO.

PED. Pues bien, que sea mi vindicta,
como mis agravios, pública.
(Con grave solemnidad.)
Me disteis, señor, un nombre;
mi dignidad lo rehusa:
con vuestra sangre, nobleza;
tomad la cruz de mi alcurnia:
(Sacando de su presilla la venera de Santiago, y dejándola, despues de besarla, sobre el pedestal de una estátua.)
vos me armasteis caballero;
tomad mi espada sin punta.
(Figura que se la rompe, y la deja tambien sobre el pedestal.)
Y ahora... Dios me dé fuerzas.
Yo buscaré nombre y cuna;
que si me faltan hazañas,
no ha de faltarme una tumba.

INF. ¡Giron! (Corriendo á tomarle una mano.)

ALM. ¡Giron! (Id.)

AST. (Abrazándole.) ¡Pobre amigo!

CONDE. (En el colmo del abatimiento y de la confusion.)
¡Providencia... tú eres justa!
(Váse por la puerta de la derecha.)

ESCENA XI.

DICHOS. Un alabardero grita desde adentro: EL REY.

YHUNG. (Presentando al Rey á cada uno de los Grandes que nombra.)
Señor, el marqués de Astorga,
el Almirante...

INF. (Ap.) Nos turba.
YHUNG. El duque del Infantado.
REY. Dios les dé salud y ayuda.
PED. (Adelantándose trémulo y afectadísimo.)
Don... Pe...dro... Gi...ron me llaman.
REY. (Volviéndose á contemplarle.)
¡Giron, el de las bravuras!
¡Giron, el que dá á sus reyes
hasta la cruz de su alcurnia!
(Tomándola del pedestal, y tambien la espada.)
Giron, manténla con honra,
(Colocándole la cruz en la presilla, y entregándole la espada.)
porque es el Rey quien te cruza.
(D. Pedro atónito, casi estúpidamente sobrecogido de asombro y de gratitud, lucha con encontrados afectos, vacila, y cae por último á los pies del Rey. Este lo levanta conmovido, dá algunos pasos, y buscando una feliz transicion, fíjase en el cielo que descubre, y exclama:)
REY. ¡Qué sol tan puro el de España!
¡qué pueblo tan grande alumbra!
¿No es verdad, amigos mios,
que con fé y union profundas,
de ese trono que ilumina
plantaremos las columnas,
donde quiera que los hombres
mares y tierras descubran,
hasta lograr que en mis reinos
el sol no se ponga nunca?
INF., AST. y ALM. (Con ferviente entusiasmo.)
¡Nunca!
PED. (Como cediendo mas á los impulsos de su gratitud, que á los de su lealtad.)
¡Viva el Rey!
REY. Pues juro
que esa union será fecunda.
Y porque extirpen el gérmen
de las discordias y luchas,
ya con mi amor vá mi hermano
de un cetro á Flandes en busca;
y el Cardenal...

ESCENA XII.

DICHOS, y el CAPITAN con un pliego por la puerta de la derecha.

REY. (Señalando al Capitan.) Ved.
CAP. (Entregando al Rey el pliego.) En Roa,
ya su grandeza sepultan.
REY. (Leyendo el pliego.) *Señor: Viví para todos: muero para mí.—Bendigo al Rey que me destierra, y á Dios que me llama.=El Cardenal Cisneros.*
¡Razon de Estado!!!
ALM. (Ap. al Capitan.) Á él lo mata.
CAP. (Id. al Almirante.) Y á vosotros os indulta.
REY. (Descubriéndose.)
¡Honor á ese grande hombre!
(Volviéndose con exquisita amabilidad á los Grandes.)
Saludad, que el Rey saluda.
(Todos lo hacen entonces. Váse el Capitan por la derecha.)

ESCENA XIII.

DICHOS, y D. ALFONSO con viva inquietud y aceleramiento, por dicha puerta.

REY. ¡Ah! ¿Sois vos, mi noble alcaide?
ALF. Señor...
REY. Vendreis...
ALF. (Ap. al Rey, con mal reprimida impaciencia.)
Nos escuchan...
REY. Á decir que ya el verdugo
las cuatro máscaras juntas,
reducidas á pavesas
las aventó con su fusta.
ALF. Cierto; mas...
PED. (A los Grandes.) ¿Habeis oido?
Verdugo, máscaras...
(Se percibe muy lejano y prolongado este grito de Daniel:)

¡Hurra!

REY. (Á los Grandes.)
¿Lo de las máscaras?

YHUNG. (Ap.) Bravo.

REY. ¿Ignorais á lo que aludan?
decidlo vos.
(Á D. Alfonso, y queda hablando con Yhung.)

ALF. (Luchando con su impaciencia.)
Cuatro...

YHUNG. (Obedeciendo á una indicacion que le hace el Rey.)
Ilusos.

REY. ¡De gran corazon, sin duda!

ALF. Fueron ayer sorprendidos
asaltando esas columnas,
(Señala las del trono.)
para robar las coronas
que en su capitel figuran.
Huyeron; mas olvidaron
sus máscaras en la fuga:
y el Cardenal nos previno
que el verdugo, una por una,
para escarmiento de ilusos,
quemase en la plaza pública
por esta vez sus caretas,
sus caras á la segunda.
Esto mandó el Cardenal.

REY. ¡Fué la sentencia muy suya!
(Saluda á los Grandes, y hace ademan de que se retiren; Yhung al fondo del escenario, y aquellos por la puerta de la izquierda.)

ESCENA XIV.

EL REY y D. ALFONSO.

REY. Decid ya.

ALF. Señor ¡Dios mio!
que se amotinan las turbas,
mi autoridad desacatan,
cunde el tumulto y la bulla.
(El Rey medita un instante.)

REY. El popular entusiasmo

tiene esplosiones que asustan.
ALF. Pero no gritos de muerte...
REY. (Ap.) ¡Qué es esto!
ALF. Ni armas ocultas.
REY. ¡Alcaide!
ALF. Lo vi.
REY. ¡Ah!
ALF. Todos.
REY. ¿Y adónde van, y qué buscan?
ALF. La plaza invaden, y estrellan
cadalso, postes, garruchas...
REY. (Ap.) ¡No es por mi hermano! (Alto.) Repito
que hay entusiastas que asustan.
Decid, alcaide, á mi pueblo,
que el Rey lo vé.
ALF. (Sorprendido.) ¿Y si en la duda
no se dispersa?
REY. Decidle,
que el Rey lo quiere.
ALF. (Admirado.) ¿Y si pugna?
REY. Que el Rey lo manda. (Con soberana resolucion.)
(Váse D. Alfonso por la derecha.)

ESCENA XV.

DICHOS.

REY. Yhung, vamos.
YHUNG. ¡Cómo! Señor...
REY. Vamos.
(El Rey que vá con Yhung á salir, se detiene porque resuena mucho mas próximo este grito de Daniel:)
¡Hurra!
YHUNG. ¡Daniel es! ¿ois?
REY. (Con indiferencia) Un grito.
YHUNG. Pero ese grito me anuncia
que el motin...
REY. (Con desdeñosa confianza.) No es por mi hermano.
YHUNG. Se acerca...
REY. Dejad que ruja.
Probaré que doy al trono

su omnipotencia, y triunfa.
YHUNG. ¿Y si desde aqui los Grandes
que perdonasteis lo impulsan?
REY. El español jura, y muere
por mantener lo que jura.
El pueblo que esos leones (Los del trono.)
por símbolo y timbre usa,
como á leon generoso
la gratitud lo subyuga;
y antes que á su rey ofenda,
se arranca él mismo las uñas.

ESCENA XVI.

DICHOS, mas D. ALFONSO y el CAPITAN, por la derecha. Los dos primeros retroceden al oir hablar á los últimos.

CAP. (Desde adentro.)
Vive Dios, que es imposible,
(Afuera.)
porque ni os ven ni os escuchan.
REY. (A Yhung.)
Pero verán mi justicia.
(A ellos.)
¿Quién decis?
ALF. Señor, las turbas
con rugientes oleadas,
que ya el alcázar inundan.
CAP. Y en pos del endemoniado,
y en torbellinos de furia,
con la mecha en los mosquetes,
y las tizonas desnudas,
por el Infante de España
desatentados preguntan.
REY. (Ap.) ¡Era por él!!!
(Una horrible contraccion nerviosa, que por un supremo esfuerzo de voluntad desaparece súbitamente, se marca en el semblante del Rey. Luego añade con tranquilidad pasmosa.)
¿Quién?
ALF. y CAP. El pueblo.
REY. ¿Y desde cuándo acostumbra

llegar el pueblo á sus reyes
con gritos y no con súplicas?
¿Desde cuándo acá no dobla,
quien tan santo nombre usurpa,
á su Dios las dos rodillas,
y á su soberano una?
Si á pedir justicia viene,
que venga en esa postura.

ESCENA XVII.

DICHOS, y BENEDICTA, por la puerta de la derecha.

BEN. No es justicia lo que pide,
señor.
(Rápido momento de sorpresa en el Rey, y de indignacion y espanto en Yhung.)
REY. ¡Tú!
YHUNG. (Ap.) ¡Fatal Medusa!!!
BEN. Pide á su hijo una madre
que despojais de la púrpura;
pide á su ídolo un pueblo
que amarrais á la coyunda:
y esa madre es madre vuestra,
y vuestro juez esas turbas.
REY. ¡Téngame Dios de su mano
porque el Rey no te confunda,
y el hijo no te aniquile,
y el hombre no te destruya!
(Recobrando toda su dignidad.)
¿Quién es quien á nos te manda?
BEN. Mi reina y señora augusta.
(Enseña pendiente de un cordon al cuello el sello de la Reina.)
REY. ¡Mi madre! (Se descubre.)
bendita sea. (Se cubre.)
¿Quién mas?
BEN. El pueblo.
REY. ¡Calumnia!
El pueblo-rey, que ese trono
sobre los tronos encumbra,
sabe ser dueño del mundo,

pero no sabe ser chusma.
BEN. Pues vais á ver que le sobra
fé...
REY. Traicion.
BEN. Odio...
REY. Pavura.
BEN. Voluntad...
REY. Como la mia,
fuera la de Dios, ninguna.
BEN. Bien sé que mido á un gigante,
porque os dá el genio su altura:
sé que os verán sol de un mundo
de guerras, gloria y fortuna;
y si al saberlo y miraros
no quedo pasmada y muda,
es, señor...
REY. Porque el verdugo,
con tu cabeza en la grua,
no probó que mi justicia
grande fué como tu culpa.
BEN. Pues ahora ya...
REY. (Llevándola al proscenio.) Dí á mi madre,
que si Dios su mente alumbra,
verá conmigo á sus plantas
el cetro que el Rey empuña.
BEN. Lo ha de ver hoy...
REY. Dí á mi madre,
que al hijo por quien pregunta,
le dá su hermano coronas,
en pago de sus injurias.
BEN. Por eso el pueblo en su frente
corre á ver si las ajusta.
REY. Bástole yo.
BEN. Pues lo exige:
quiere que en sus brazos suba.
REY. Rebelion que dá sus brazos,
dogales dá que estrangulan.
BEN. Pero si lo amais y vive...
REY. ¡Si vive! (Con indignacion.)
BEN. ¿Por qué lo ocultan?
REY. Porque á un rey, si es rey de España,
solo Dios lo eclipsa y nubla.

BEN. Pero... ¿dudais que ese pueblo
desencadena sus furias,
y á morir por el Infante
resuelto viene si lucha?
¿Dudais?...

REY. (Ap., con desesperacion y amargura.)
¡Oh, si aqui estuviese!

BEN. Pues vais á ver cómo asustan
un volcan cuando revienta,
y un pueblo cuando os arrumba:
váislo á ver, señor...

(Se dirige al balcon de la galeria, descorre la colgadura, abre la puerta para que el Rey pueda ver al pueblo sublevado; y al distinguir al Infante con sus parciales, apaciguando, desde la balaustrada de aquella, el tumulto de la plebe, lanza un grito de inexplicable sorpresa.)

¡Dios mio!!!

ESCENA XVIII.

DICHOS, y el INFANTE, D. PEDRO GIRON, el MARQUES DE NOROÑA, el de ASTORGA, el DUQUE DEL INFANTADO y el ALMIRANTE, que aparecen en la galeria, hablando al pueblo desde la balaustrada.

BEN. ¡Dios mio! (Exclamacion de júbilo.)

YHUNG. (Señalando al Infante.) ¡Él!

REY. ¿Él?

INF. (Dirigiéndose al pueblo.) Te ofuscan.—
Mi salvador es mi hermano.—

REY. (Con la uncion de la fé mas profunda, y vuelto de espaldas á la galeria.)
¡Siempre Dios!

BEN. (Sorprendida de lo que oye al Infante.)
¡Cómo!

INF. (Al pueblo.) Si— jura—
¡Por el Rey Cárlos de España!

(Se percibe confusamente este grito del pueblo: «¡Viva el Rey!»)

INF. (Al pueblo.) Gracias.—

BEN. Mi razon se turba.

(Todos salen de la galeria; y atónita Benedicta se

dirige al Infante; al atravesar este el quicio de la puerta, besando una de sus manos con el delirio de su adhesion.)

BEN. ¿Lo quereis?

INF. Sí, Dios lo quiere.
Deshaz tu obra. Que huyan.
(Señalando hácia el pueblo, y dirigiéndose luego al al Rey temerosa y lentamente.)

BEN. ¡Lo quereis!!!

INF. (Con firmeza.) Lo mando.

BEN. (Con desolacion, y disponiéndose á salir.) Sea.

NOR. (Ap. á Benedicta, interceptándola el paso.)
No bajarás.

AST. (Id.) Ved que os buscan.

PED. (Id.) Y que al juzgarse engañadas,
te harán pedazos las turbas.

BEN. La gratitud tendrá un mártir,
y el mártir muriendo triunfa.
(Váse por la derecha.)

ESCENA XIX.

DICHOS.

INF. (Fluctuando todavia entre su temor y su impaciencia por abrazar á su hermano, y cayendo por último en sus brazos.)
¡Ah, señor... hermano mio!

REY. ¡Mi hermano! Pues, todos juzgan...
(Aparte, y con viva ternura al abrazarle.)
¡Hay corazon! ¡Llora y tiembla!
(Alto.) que ya de Flandes la ruta
mi augusto hermano seguia.

INF. Mandé, señor, volver grupas,
porque al salir de los muros,
vi sublevada y sañuda
ya contra vos y en mi nombre,
la multitud furibunda.
Y al pensar que en este pliego
(Lo saca de su escarcela.)
vuestra virtud me subyuga,
vuestro amor me cede un trono,

vuestra piedad me disculpa,
mi sangre y mi gratitud
borrar intentaron juntas
la deslealtad del Infante,
con una accion noble y justa...
Y volví; y he conseguido
que al Rey en vivas prorumpan.

REY. ¡Heróica accion, que devuelve,
con emociones profundas,
á mi raza un caballero,
y un hermano á mi ternura!

INF. Dejad, pues, que al abrazaros,
quizá, señor, por vez última,
ruegue á Dios...

REY. Él os bendiga.

INF. Que colme vuestra ventura
con un reinado de gloria,
cual mi espíritu vislumbra.

PED. Porque llegue á ser España
para sus hijos fecunda,
para sus guerras heróica,
para el mundo siempre augusta.

REY. Eso ha de ser: está escrito.
¿Qué dice allí? Ved.
(Señalando el rótulo de las columnas.)

PED. (Leyéndolo.) PLUS-ULTRA.

REY. ¿*Mas allá*? Pues *mas allá*,
la España irá si la empujan
con fé y union nuestros brazos,
hasta que los mundos cubra.
Mas allá, diré en Europa,
y Aragon y Cataluña
con mis tercios castellanos,
vivaquearán en la Prusia.
Mas allá, direis en Asia,
y mis yeguas andaluzas
sobre montes de turbantes
clavarán sus herraduras.
Mas allá, direis triunfando
de América en las lagunas,
y en África polvo haremos
mezquitas, torres y cúpulas.

Y *mas allá*, si hay mas mundos
donde mis leones rujan,
en la lengua de Castilla
se oirá este grito que aturda:
«¡Primero Dios, luego España!»
No hay mas allá.

TODOS. NON-PLUS-ULTRA.

FIN DEL DRAMA.

Habiendo examinado este drama, no hallo inconveniente en que su representacion se autorice.

Madrid 21 *de Octubre de* 1859.

El Censor de Teatros,

ANTONIO FERRER DEL RIO.

DATOS HISTÓRICOS

PARA ILUSTRACION DE ESTE DRAMA.

CÁRLOS I DE ESPAÑA.

Cabeza perfecta, y con toda la soberania del genio; frente espaciosa; mirada sumamente penetrante; nariz muy pronunciada y algo aguileña; barba ancha y corta; labio inferior altivo y desdeñoso; estatura proporcionada; aire extraordinariamente desembarazado y marcial; palabra incisiva, breve y sentenciosa, y ademan significativo y resuelto.

Fué el mas cumplido caballero, el mejor capitan y el rey mas grande de su siglo.

Asi lo describen todos los historiadores, y nos lo representan sus retratos, originales del Ticiano, y los admirables grabados de Selma.

EL INFANTE D. FERNANDO.

El Obispo de Astorga lo describe de esta manera: «Bien proporcionado en el cuerpo, los cabellos rubios, »la boca grosezuela, el rostro lleno, las narices cortas »y el semblante agradable. Era ingenioso y agudo; »muy sufrido y disimulado; naturalmente amigo de »justicia y de verdad en gran manera. No era recio »de fuerzas, antes sí delicado.

»Su osadia no reconocia límites.

»Holgábase de oir locos, y de tener animales fieros.»

Sus conatos de rebelion para alzarse con el reino, de acuerdo y con el apoyo de algunos Grandes, antes de la llegada, y en los mismos dias del arribo de su

hermano Cárlos á España, son hechos históricos: «este príncipe, dice la historia del cardenal Cisne»ros, tenia siempre delante los ojos el trono, de que »le parecia haber caido, y cebaba su ambicion con »esperanzas y ocurrencias imaginarias, á que una »cosa que sucedió algunos meses despues de la »muerte de don Fernando no contribuyó poco; por»que un dia estando en la caza para hacer ejercicio, »y desvanecer sus pesares, se halló al lado, de re»pente, con un ermitaño, que le dijo en tono de pro»fecia: *buen ánimo, príncipe, que el cielo os ha desti»nado para grandes cosas: no renuncieis vuestras pre»tensiones: vos sereis rey de Castilla: esta es la vo»luntad de Dios*. Despues de estas palabras se desapa»reció, sin que se haya tenido mas noticia de él: y »las personas que habian compuesto esta aparicion, »se servian de ella para acelerar sus deseos y tur»bar el Estado.

»El Cardenal creyó que se necesitaba sobre todas »cosas, de prevenir estos malos designios, y su pri»mer cuidado fué asegurarse de la persona del In»fante, pues algunos Grandes buscaban ocasion de »llevarle á Aragon, donde sabian que en considera»cion del rey don Fernando, su abuelo, los princi»pales señores le recibirian con los brazos abiertos, »y le reconocerian por dueño. Entre tanto sus parcia»les no cesaban de alabar su buen natural, de lla»marle las *delicias de España*, infamando las costum»bres y modos de los flamencos. El Cardenal tuvo avi»so de todas estas prácticas secretas, é hizo guardar »bien al Infante y á sus gobernadores.»

En corroboracion de esto mismo, extractaremos algunos párrafos de las cartas, consignadas en las Memorias del cardenal de Granvela, que el mismo rey Cárlos I dirigió al Infante y al gobernador, algunos dias antes de embarcarse para España, y de tener lugar la accion del drama.=«Ilustrísimo Infante: Yo

»he estado informado muchas veces que hay perso- »nas en vuestra casa que os inspiran pensamientos »contrarios al servicio de la reina Católica y al mio, »y á vuestros mismos intereses: que se habla de mí »sin respeto y sin atencion: que se han hecho cier- »tos proyectos sediciosos, que yo debia ya haber cas- »tigado. Mucho tiempo há que me han solicitado »para poner en órden estas cosas, y he creido que »convenia antes advertiros, y sabeis que lo he hecho »por las cartas del mes de agosto; por las cuales os »rogaba que no escuchaseis esos malos consejos y »discursos; y quise acordaros de mi amistad y de la »pasion que he tenido de veros gozar en el mundo la »exaltacion que deseais y que mereceis tener. Yo he sa- »bido que estos desórdenes se aumentan, y que vues- »tros directores, en lugar de procurar que cesen, los »aprueban y mantienen. Avísanme que el uno de »ellos dos, se ha adelantado hasta el punto de hablar »y de escribir á algunos Grandes y villas de ese rei- »no, para llevarlos á la desobediencia y rebelion.

»Juzgad bien, que todo esto, si yo no lo remedio »prontamente, podrá causar turbacion en mis esta- »dos, y recaerá á un mismo tiempo en vuestra des- »conveniencia, que me será muy sensible por lo que »os estimo y amo. La intencion de estos hombres, es »desunirnos y quitarme á mí el amor y ternura que os »tengo, y á vos la confianza que debeis tener en mí.»

La que recibió el Cardenal dice asi:=«Reveren- »dísimo padre en Jesucristo, Cardenal-gobernador de »España: Habemos estado advertidos muchas veces »y por diferentes partes, que era tiempo de remediar »ciertas cosas que pasan en casa del ilustrísimo In- »fante, nuestro caro y muy amado hermano. Estos »avisos refieren que las personas que estan cerca de »él desean infundir el espíritu de desobediencia y de »rebelion, inspirándole pensamientos contrarios á »nuestro servicio y á su propio interés: y habrá un

»mes que nos han escrito largamente sobre este asun-»to: y acabando ahora de estar informados por el »último correo, de lo que se dice y de lo que se hace »en la casa del príncipe, que es de mucha descon-»veniencia de nuestra persona, y en perjuicio de la »paz y reposo de nuestros estados: que se pretende »valerse de él para turbarnos en los principios de »nuestro reinado: que se mantienen inteligencias se-»cretas con algunos Grandes, y con algunas de nues-»tras ciudades; y que se hacen muchos proyectos se-»mejantes contra la fidelidad que se debe á nos.

»Vos comprendereis bien, reverendísimo Cardenal »de España, las consecuencias de este negocio, para »nuestro servicio. Tambien os rogamos afectuosa-»mente que no perdais tiempo, y que sigais nuestras »órdenes, sin dilacion, por mas obstáculos que pue-»dan ocurrir para retardarlos, aun cuando el Infante »se opusiera. Y porque puede suceder que Alfonso »Tellez, que ha de estar al lado del Infante, no esté en »la córte, enviadle un correo luego, á fin de que lle-»gue á la hora misma, sin detencion y sin excusa. »El negocio es de una importancia y calidad tan »grande como veis. Encargamos guardeis gran se-»creto, de manera que sea ejecutado antes que »sabido. . . . .

EL CONDE DE UREÑA.

Edad muy provecta en 1517.

La historia del cardenal Cisneros por Esprit Fle-chier, obispo de Nimes, y todas las demas crónicas de aquel tiempo, describen á este personaje, como un hombre tenazmente inquieto, ambicioso hasta la exageracion, y el primer enemigo del Cardenal-go-bernador y del gobierno: astuto por carácter, y sus-picaz por instinto, no reparaba en los medios para conseguir el fin.

ANT. No; vuestra madre os ampara,
y en mi asuncia velará
por vosotros; ella os ama,
y es virtuosa y es buena:
vosotros tambien amadla
como se merece, y nunca
dejeis, ¡no! de respetarla,
porque una madre, de Dios
es la imágen veneranda.
Gracias tambien á un milagro,
nuestra fortuna está salva
y conjurada la quiebra,
de suerte que no hago falta.
Adios, pues, y hasta la vuelta
que creo no será larga. (Los abraza.)
ENR. ¡Padre!
ADELA. ¡Por piedad!
ANT. ¡Adios!
(Mi corazon... se desgarra!..)
Cuando dirijais al cielo
vuestros votos y plegarias,
consagrad á vuestro padre
una oracion y una lágrima.

ESCENA XV.

LOS ANTERIORES y SOFIA en traje de calle.

SOFIA. ¿Adónde vas?
ANT. Á emprender,
pues lo he resuelto, mi viaje.
SOFIA. No; no harás esa locura;
yo soy quien debe alejarse
de esta casa, y á un convento
voy á marchar al instante.
ANT. Tus hijos te necesitan.
SOFIA. Menos que á tí, y ahora partes.
Resuelta estoy; debo hacerlo,
y solos no han de quedarse.
ADELA. Madre...
ENR. Usted tambien nos deja...
SOFIA. No; que se queda tu padre,

y á su lado vivireis
dichosos aun : mas antes
de que os abandone á todos...
¡ hijos, vuestros brazos dadme !
(Los abraza y dá á D. Antonio la carta de Carvajal.)
De mi falta esa es la prueba;
tu perdon no me retardes.

ANT. ¡Qué veo! ¿Y esta es la falta
orígen de tantos males?
¡ Sofia... ven á mis brazos...
perdóname, pobre mártir!
De esa lucha ya pasada
no debes avergonzarte;
la virtud que lucha y vence
es la virtud que mas vale.
Lea usted. (A Ricardo,)

RIC. Su conversion,
por Dios, que ha sido admirable.
«Sin comprender su virtud (Lee.)
»la ofendi : perdon la pido.
»Crímen del alma no ha sido,
»sino de mi juventud.
»Le envio esa cantidad,
»aunque su objeto le asombre,
»para que ejerza en mi nombre
»la pública caridad.»

ANT. Los billetes que le dí.

RIC. Es un jóven de alma grande.

SOFIA. Le bendecirán los pobres,
y á usted que supo salvarle.

RIC. Solo anhelo en recompensa
que bendiga usted mi enlace,
y que olvide...

SOFIA. Para siempre,
hoy todo debe olvidarse.

ANT. Se hará la boda al momento.

SOFIA. (A Adela.) Solo un consejo he de darte,
y es que pienses en tus hijos
de la vida en los azares,
y serás dichosa y buena,
y ellos á tí semejantes.

RIC. Es verdad; el buen ejemplo

la dicha consigo trae;
ley santa que en las familias
corregir y enseñar sabe.
La escuela de la virtud
es la escuela de las madres,
donde los hijos aprenden
á ser honrados y grandes.
Que es la virtud maternal
semilla de donde nacen
los héroes que el mundo admira,
los genios que el orbe aplaude.
Las madres nobles y buenas
noble y bueno al hijo hacen;
si es fiera, tórnanle en hombre;
si es hombre, tórnanle en ángel.
Y cuando de ellas en pos
sus hijos del mundo salen,
y caminan por la senda
de la eternidad, exánimes,
siguiendo el astro de luz
que ellas les trazaron antes,
Dios al fin, compadecido
las puertas celestas abre,
y en su seno los recibe
si los presentan sus madres.

FIN DEL DRAMA.

un inocente.
bajo.
isero.
s.
del vicio.
le oro.
io, ó carbonero
a niña.
gadora.
casa.
mármol.
poeta.
ó cada loco con

Las bodas de un criminal.
La honra en la deshonra.
La conquista de Toledo.
Los empeños de un acaso.
Las barricadas de Madrid.
La duquesa de Iprest, ó Genoveva de Brabante.
La duquesa, ó la soberbia.
Las cuatro barras de sangre.
Las travesuras de Chalamel.
Los espósitos del Puente de Ntra. Señora.
Los libertinos de Ginebra.
Los percances de un viaje.
Los siete castillos del diablo.
La casa del diablo.
Las aves de paso.
La fuerza contra la ley.
La senda de espinas.
La linterna de Diógenes.
Las dulzuras del poder.
La novela de la vida.
La torre de Garán.
Misterios de palacio.
Mi suegro y mi mujer.
Maese Juan el espadero.
Matilde.

No hay amigo para amigo.
Navegar á la aventura.
Ntra. Sra. de Paris, ó la Esmeralda

Oráculos de Talia, ólos duendes de palacio.

Protector y protegido.

Quebrantos de amor.
Quemar las naves.

Represalias.

Secretos del destino.

Tambien en amor se acierta, pero es mas fácil errar.

Una historia del dia.
Un corazon de mujer.
Uno de tantos.
Un dia de baños.
Un hijo natural.

Vivir y morir amando.
Vilfredo el Velloso.

ZARZUELAS.

acto.
ladolid.
caballero.
alcohool.
o.
e reinado.
. (*La música.*)
muerzo.
a música.)
l archiduque.
amberi.
que está puesta
te. (*La música.*)
e.
Juanita.
Rey. (*La música.*)

La flor de la serrania.
La tierra de Maria Zantízima.
Las distracciones.
La vieja y el granadero.
Pablito.

Un caballero particular.

En dos actos.

Bruschino.

El postillon de la Rioja.
Entre mi mujer y el negro.

La cola del diablo.
La corte de Mónaco.

Marina. (*La música.*)

Un sombrero de paja.

En tres ó mas actos.

Azon Visconti. (*La música.*)
Amor y misterio.
Amar sin conocer.

Beltran el aventurero. (*La música.*)

Cárlos Broschi.
Catalina.
Campanone.

El sueño de una noche de verano.
El dominó azul. (*La música.*)
El valle de Andorra.
El hijo de familia, ó el lancero voluntario.
El sargento Federico.
Entre dos aguas.
El planeta Venus. (*La música.*)
El Juramento.

Galanteos en Venecia.

Los Madgyares.
La estrella de Madrid. (*La música.*)
La caceria real. (*La música.*)
La Pasion. (drama sacro-lírico.)
Los comuneros.

Mis dos mujeres.
Moreto.

Un viaje al vapor.

PUNTOS DE VENTA EN PROVINCIAS.

Alicante.	Ibarra.
Almeria.	Alvarez.
Albacete.	Perez.
Avila.	Garcés.
Algeciras.	Joarizti.
Alcoy.	Poyá é hijo.
Aranjuez.	Prado.
Almaden.	Quiroga.
Avilés.	Sanchez del Rio.
Barcelona.	Mayol.
Búrgos.	Hervias.
Bilbao.	Astuy.
Badajoz.	Carpizo.
Bejar.	Bueno é hijo.
Baza.	Fernandez.
Baeza.	Segura.
Borja.	Cadenas.
Cádiz.	A. de Cárlos.
Castellon.	Perales.
Córdoba.	Lozano.
Coruña.	Lago.
Cáceres.	Valiente.
Ciudad-Real.	Arellano.
Cuenca.	Mariana.
Cartagena.	Muñoz Garcia.
Chiclana.	Julian.
Ceuta.	Ibañez.
Ciudad-Rodrigo.	Tejeda.
Carmona.	Perez.
D. Benito.	Sanchez Barroso.
Ecija.	Garcia.
Ferrol.	Tajonera.
Figueras.	Delhom.
Granada.	Zamora.
Gerona.	Dorca.
Guadalajara.	Oñana.
Gijon.	Crespo y Cruz.
Guadix.	Tornez.
Habana.	Charlain y Fernandez.
Huelva.	Osoruo é hijo.
Huesca.	Guillen.
Huescar.	Ruiz.
Haro.	Quintana.
Jaen.	Hidalgo.
Jerez de la Frontera.	Alvarez Aranda.
Leon.	Viuda é hijos de Miñon.
Lérida.	Blasco.
Lugo.	Viuda Pujol y Hermano.
Logroño.	Verdejo.
Lorca.	Gomez.
Loja.	Cano.
Linares.	Carrasco.
Lucena.	Cabezas.
Llerena.	Guerrero.
Málaga.	Cañavatte.
Murcia.	Hs. de Andrion.
Mataró.	Abadal.
Manzanares.	Peñuelas.
Motril.	Ballesteros.
Mahon.	Vinent.
Mérida	Diaz.
Marto	Garcia.
Oviedo	Pruneda y
Orense.	Robles.
Ocaña.	Calvillo.
Osuna.	Montero.
Orihuela.	Berruezo
Pamplona.	Rios y Barr
Palencia.	Gutierrez é
Palma de Mallorca.	Gelabert.
Pontevedra.	Aspa.
Puerto de Sta. Maria.	Cobantes.
Puerto-Rico (Mayagües).	Maestre y T
Reus.	Prius.
Ronda.	Gutierrez.
Rivadeo.	Torres.
Rioseco.	Pradanos.
Salamanca.	Huebra
Santander.	Hernandez.
San Sebastian.	Garralda.
Sta. Cruz de Tenerife.	Ramirez.
Sevilla.	Alvarez Arar
Segovia.	Rebilla.
Soria.	Perlado.
Santiago.	Escribano.
San Fernando.	Tellez de Me
Sanlúcar de Barrameda.	Esper.
S. Ildefonso (Granja).	Alderete.
S. Lorenzo (Escorial).	Juan José Ro
San Martin de Valdeiglesas.	Cisneros.
Segorve.	Mateo.
Tarragona.	Pujol.
Teruel.	Baquedano.
Toledo.	Hernandez.
Talavera de la Reina.	Sanchez de
Toro.	Tejedor.
Tuy.	Cruz.
Trujillo.	Bravo.
Torrevieja.	Vela.
Tudela.	Izalzu.
Tolosa.	La Lama.
Tarazona.	Veraton.
Valencia.	Moles.
Valladolid.	Hernainz.
Vitoria.	Galindo.
Vinaroz.	Ramirez Poy
Villanueva y Geltrú.	Creus.
Vigo.	Fernandez D
Ubeda.	Bengoa.
Zaragoza.	V. de Heredi
Zamora.	Calamita.
Zafra.	Oguet.

El propietario de esta Galeria vive en la calle de la Salud, núm. 1
principal.